AÑO IV — BUENOS AIRES, 27 DE JULIO DE 1925 — N.o 183

BIBLIOTECA

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

GLOSARIO

PASTORES SIN GREY

Albert Thomas, ministro de municiones durante la guerra, se halla por arribar a estas playas. Delegado — para despistar — de la comisión internacional del trabajo, en el seno de la Liga, vendrá a pasearse por estos lares, elevando, luego, un informe por el cual demostrará, como dos y dos son cinco, que las clases obreras y proletarias se encuentran disfrutando de una prosperidad ininterrumpida. Todos son felices por el mero hecho de haber nacido, y la legislación obrera es la más perfecta y ecuánime del mundo. Los que revientan, será por la dicha, imposible de contener en sus propios pellejos.

Pero al desembarcar en la capital fluminense, Río de Janeiro, dijo, o mejor, narró una anécdota, que si Albert Thomas la pusiese de leyenda al pié de uno de sus retratos le haría la reclame que él desea emplear para anunciar sus conferencias.

Durante el viaje al Brasil, parece que un comerciante francés le interrogó si proyectaba dar solamente conferencias.

Albert Thomas, con visibles muestras de desagrado, replicó vivamente:

—Voy a tratar mis negocios, como ciertamente va a hacerlo el señor.

Esta manifestación podía sobrar. Delegado para despistar en esa institución de magnates y verdugos amalgamados, viene a las Américas en su verdadero rol, y es corretear varios artículos que le fueron confiados por varios establecimientos de su patria.

¿Y las conferencias sociales y obreras? También para despistar. Es un intelectual, cuyas plumas no le sirven para escribir, sino para despistar, como el perro del cuento alemán, que también las poseía en abundancia, también para despistar...

Quitándole, como un vano oropel, esas plumas, será simplemente un can de otra nacionalidad del alemán. Perdida la grey, hubo de ser atado a soga larga, y es ahora que los patronos nos lo envían.

FETICHISMO Y BORRACHERA

En estos tiempos de embrutecimiento y desorientación moral se busca la borrachera, la que más cerca se tiene: sea la de los sentidos, la del alcohol, de los estupefacientes y hasta algunos se abrazan a los fetiches del catolicismo romano y apostólico, en el delirio angustioso de colocar sus acciones en el cielo para que les fructúen una buena renta allá, en las tierras celestiales...

Por eso y para ellos, probablemente, en Roma se ha proyectado construir el "templo más alto y la iglesia más grande de la cristiandad", según versión telegráfica. El edificio se construirá con las contribuciones de todo el país y será dedicado al inmaculado corazón de María, en la colina de Parioli, al norte de Roma. La cúpula medirá siete metros más de altura que la de San Pedro, llegando a unos 125 metros.

Su construcción durará unos veinte años — si llega a erigírselo y no se manducan el dinero, como aquí los monseñores de la Gran Colecta —; representará nada más que una fea usina para proporcionar calorías a los fieles, a fin de que posean una fé cortada a la medida de sus deseos. Sí, porque la fé ardiente de los posesos del medioevo y de los primitivos cristianos, es una exhuberancia, de mal gusto y cursi para la parvada de modernísimos católicos y católicas, quienes se hacen arrastrar en automóvil a la misa de once a doce.

Y si al fin logran sus anhelos y al cabo de los veinte años podrán exhibirse bajo sus artesonados las pollitas y los barbilindos y las beguinas, nos imaginamos el mamarracho que constituirá ese edificio, en una jerga de estilos tan incompresible para la generalidad, sólo comparable a la confusión de las lenguas en Babel.

Los cuervos, en sus sucesivas generaciones, han devorado el cuerpo de aquel que murió en la cruz, como cualquier agitador de nuestros días. Lo que queda en pié es la industria del catolicismo.

Barret decía con toda justeza que era imposible para la humanidad actual erigir una iglesia que no fuera ridícula, ni componer un libro místico que no resultase grotesco. Y hasta ahora es la realidad pura y escueta. Si existe una religiosidad flotante en el ambiente, es la que se halla completamente opuesta al catolicismo, que sobrenada en la charca de un grosero materialismo.

Cuando se poseía la fé, no eran artículos de primera necesidad los templos; actualmente, cuanto más escasea y se rarifica hasta desaparecer la sombra de fé religiosa, se construye los "más altos templos y las más grandes iglesias de la cristiandad."

MATRIMONIOS PATRIOTICOS

Por cada hora, por cada día, mes, año, la mentalidad general de Francia, que, en tiempos que nos parecen alejadísimos, era librepensadora y volteriana, se torna más reaccionaria, como si el alma colectiva se encogiera, tornándose hosca, taciturna y cruel. Por un momento, bajo el peso de las derrotas, pareció que Francia por el sufrimiento se transfiguraba, pero al obtener la victoria se tambaleó mareada, para caer en los mismos excesos de violencia, de rapiña y de imperialismo abierto, que antes reprochara a otros.

Y es ello que, por cada día transcurrido de su existencia ciudadana, se encierra más en las fronteras de un egoísmo estrecho y agresivo para todo lo que no sea pretamente francés. Uno de sus escritores vaticinó que al conducirse tan ciegamente, Francia, no obstante todas las alianzas que pacta con los países cercanos y vecinos, pronto quedaría aislada. ¿Representará para el futuro el mismo rol de la Alemania del kaiser?

Muertas y envejecidas las generaciones crecidas antes de la guerra en las ideas de libertad y libre examen, la juventud surgida del seno horroroso de la matanza debía, forzosamente, abrazarse al ultramontanismo. Las chicanas religiosas, el fanatismo fetichista y el bajo patriotérrismo son la floración natural de ese ambiente.

Una minucia — que añadida a otras forma número y se convierte en símbolo — revela el estado del alma colectiva francesa.

La revista "Le Mariage" — el matrimonio — inició una encuesta acerca del casamiento de francesas con los extranjeros. Varios contestaron; entre ellos Mm. Aurel respondió categóricamente que no es posible exista felicidad si bajo el mismo techo cada uno sirve a dos patrias. Otra mujer, Lucía Delarue Mardrus, observó que no se trata de nada nuevo, puesto que desde hace mucho tiempo, las francesas contraen enlaces sin preocuparles las consecuencias sociales.

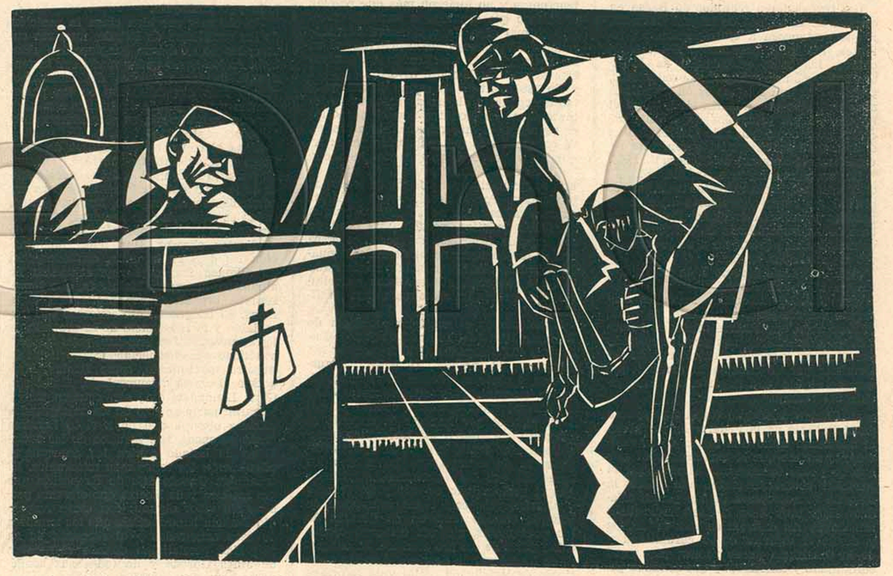
Cierto núcleo de reaccionarios, en su ceguera chauvinista creen poder subordinar las funciones primordiales de la especie a una institución tan deleznable y convencional como es la Patria de los poderosos y enriquecidos.

UN HALLAZGO

El fascismo halló al fin un sistema, una novísima invención, una entidad misteriosa, supuesta e hipotética que cargará con cuanto crimen cometan sus hordas: desfalcos, cohechos, agiotage y establecimiento de timbas y casas de lenocinio que surjan en su seno.

Esa entidad, esa vasta conspiración posee su asiento y sucursales en Wall Street, Viena, Milán y Moscú. Son, según sus voceros y periódicos, fuerzas internaciona-

LA JUSTICIA DE CLASES



—Señor juez, han internado en el hospital esta niña que se muere de hambre, lo que ponemos en su conocimiento...

—¡Ah! ¡criminal!.. Miren que dejar que se seque a esa tierna criatura... alguna vampira que le ha estado chupando la sangre... ¿Cómo se llama la mala madre, producto de conventillo?

—La millonaria X la tenía a su cuidado.

—¡Ah!.. Entonces... ¡Mire! Dígale al director del nosocomio que esta chicuela debe tener alguna tara hereditaria.

UN PROCESO INEVITABLE DE DIFERENCIACION

Cuando lanzamos una mirada a la historia del movimiento obrero moderno nos extraña sobremanera la tenacidad con que los anarquistas han resistido desde 1876 a 1896 la escisión que les imponía teórica y prácticamente la socialdemocracia. Nuestros precursores insistieron durante veinte años en conservar en un bloc más o menos orgánico todas las fuerzas socialistas, pasando por alto su diferencia bien notable y contradictoria de concepciones fundamentales. No queremos decir que se hubiera ganado más con una ruptura inmediata y absoluta después del congreso de La Haya de la Asociación Internacional de los Trabajadores en 1872, pero sí afirmamos que los esfuerzos hechos por hombres que no ignoraban la inconciliabilidad del socialismo autoritario con el anarquismo para formar un frente único con todos los socialistas, hubieran podido quedar ahorrados.

Mencionemos primeramente la resolución aprobada por los concurrentes al entierro de Miguel Bakunin en Berna (3 de julio de 1876):

"Considerando que nuestros enemigos comunes nos persiguen con el mismo odio y el mismo furor de exterminio; que la existencia de divisiones en el seno de los partidarios de la emancipación de los trabajadores es una prueba de debilidad que perjudica el advenimiento de esa emancipación,

Los trabajadores reunidos en Berna en ocasión de la muerte de Miguel Bakunin, y que pertenecen a cinco naciones diferentes, los unos partidarios del Estado obrero, los otros partidarios de la libre federación de los grupos productores, piensan que una reconciliación no sólo es muy útil, sino que además fácil, sobre el terreno de los principios de la Internacional tales como han sido formulados en el artículo 3 de los estatutos generales revisados en el congreso de Ginebra de 1873.

En consecuencia, la asamblea reunida en Berna propone a todos los trabajadores olvidar las vanas y molestas disensiones pasadas y unirse estrechamente sobre la base del reconocimiento de los principios enunciados en el artículo 3 de los estatutos mencionados arriba."

¿Qué decía ese párrafo 3 de los estatutos de la Internacional?

Que "las federaciones y secciones conservan su completa autonomía, es decir el derecho a organizarse según su voluntad, de administrar sus propios asuntos sin ninguna ingerencia exterior y de determinar por sí mismas la marcha que quieren seguir para llegar a la emancipación del trabajo."

¿No había calificado Guillaume mismo en el *Bulletin* de la Federación jurasiana el marxismo como una forma de la reacción, lo mismo que el bismarckismo? ¿Es que se puede formar una alianza con la reacción socialdemócrata, aun sobre la base de la autonomía de las partes aliadas? Está muy bien la tesis federalista allí donde las diferencias son de detalle y donde el espíritu de la cordialidad y de la tolerancia puede reinar, pero ¿qué cordialidad y tolerancia y qué afinidad podía descubrirse entre socialistas autoritarios y socialistas anarquistas? Han tenido que pasar treinta o cuarenta años para que llegase a la conciencia de todos que la comunidad del nombre no ocultó jamás concepciones más opuestas que las del socialismo de Estado y la anarquía. Todos eran socialistas, o mejor dicho todos se llamaban tales, pero entre los partidarios de la conquista del poder y los partidarios de su abolición, había un abismo tan profundo como entre los ideales de la revolución y Bismarck o Crispi o Cánovas del Castillo.

Los anarquistas parece que no lo quisieron reconocer voluntariamente.

Del 9 al 15 de septiembre de 1877 se celebró en Gante un congreso socialista universal a iniciativa de la sección de la Internacional; participaron, además de los delegados del noveno congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores, numerosos delegados flamencos, entre ellos De Paepe, Anseele, Brimée, delegados alemanes, entre ellos Greulich de Zurich y Liebknecht, delegados ingleses y otros. El objeto del congreso era buscar una plataforma común de acción y de propaganda; pero se vió antes mismo de comenzar las sesiones que todo esfuerzo en ese sentido era inútil.

Las polémicas entre Guillaume y Brousse y los delegados españoles por una parte y por otra Greulich, De Paepe, Liebknecht se demostraron completamente infructuosas y no hicieron más que revelar el abismo que separaba a unos de otros. ¿Se obtuvo algo de esa tentativa unificadora? Sí, una separación más radical en la teoría y en la práctica de las tendencias tan profundamente diversas.

En 1881 convocó un grupo de anarquistas un congreso obrero revolucionario internacional en Londres con el propósito de reanimar el movimiento internacional. El congreso sólo fué concurrido por anarquistas y por consiguiente no pudo discutir con los autoritarios la cuestión de una reagrupación por encima de todas las tendencias. Por lo demás, entre nuestros camaradas mismos no se obtuvo ningún resultado práctico, pero la magnitud de esa reunión internacional nos demuestra que si los anarquistas hubiesen continuado o podido continuar la labor reiniciada con ese congreso, el socialismo autoritario no habría predominado tan fácilmente.

Mencionemos el congreso socialista de París de 1889 (del 14 al 20 de julio). Entre sus 467 delegados (223 franceses, 184 alemanes, 22 ingleses, 14 belgas, 8 austriacos, 4 norteamericanos, etc.) había algunos anarquistas y simpatizantes. Los socialdemócratas hicieron cuanto estuvo a su alcance por impedir la entrada al congreso, no sólo a los huéspedes anarquistas, sino también a los delegados sospechosos de anarquismo. Lo mismo los franceses que los alemanes, aclamaron que el proletariado es *uno* y no francés o alemán, pero casi todos estuvieron de acuerdo cuando trataron de librarse de los anarquistas, que sin embargo constituían parte de ese proletariado. El congreso se limitó por lo demás a discutir cuestiones de legislación social y de reformas que todos los partidos burgueses, liberales o no, hacían suyas, y terminó recomendando a los trabajadores el ingreso en los partidos políticos y las actividades electorales. ¿Por qué se esforzaron tanto los anarquistas para poder tomar parte en ese congreso? ¿Por qué protestaron cuando se les cerraron las puertas a algunos y se imposibilitó toda labor práctica de aquellos que no pudieron ser expulsados? ¿ No estaba claro que nada tenían que hacer con los Liebknecht, los Vaillant, los Iglesias, etc.?

Lo que nos llama la atención no es el comportamiento de los socialistas autoritarios con respecto a los anarquistas, lo que nos admira es la pretensión de los anarquistas de querer marchar, al menos exteriormente, en acuerdo con los socialistas autoritarios y la tenacidad con que se resistieron a obrar con las propias fuerzas y a considerarse como los únicos representantes del socialismo.

Continuemos: En agosto de 1893 se celebró en Zurich un congreso internacional socialista; prevaleció como condición de admisión el reconocimiento del parlamentarismo. Jules Guesde, el renegado Guesde, escribió sobre ese congreso: "Lo que dió al congreso su significación es la ruptura definitiva con los anarquistas". Nuestros camaradas fueron, pues, expulsados y un Bebel no vaciló en acusar canallescamente a Gustav Landauer de policía, un epíteto que, por otra parte, era corriente entre los socialdemócratas cuando trataban de difamar a los anarquistas. Los delegados expulsados y los que se solidarizaron con ellos, en su mayoría adversarios del autoritarismo y del antirrevolucionarismo de la socialdemocracia, celebraron entonces un congreso aparte; entre los presentes figuraban por Inglaterra, Gilles, Mowbray, Roland, Wats y otros; por Holanda Domela Nieuwenhuis, C. Cornelisen y otros; por Francia Bonnier, Collard, etc.; por Alemania Landauer, Werner, Kampffmeyer; por Italia Molinari; por Zurich-Graz, L. Gumplowicw y otros. Amilcare Cipriani hizo pública una enérgica carta de protesta contra el proceder de la socialdemocracia. El congreso de los socialistas revolucionarios y anarquistas hizo resaltar la necesidad de una unión entre todas las fuerzas obreras y socialistas, — sin tener en cuenta que esa unión había sido rota para siempre por la diferencia radical de ideas y de tácticas. — manifestando que socialismo y anarquía no eran conceptos contradictorios, sino idénticos. Domela Nieuwenhuis se asombraba de que la socialdemocracia rechazase la mano que se le tendía desde la izquierda, en tanto que aceptaba siempre la que se le tendía desde la derecha. He ahí otro esfuerzo que hubiera podido ahorrarse y que no tuvo más resultado práctico que el de hacer ver otra vez la imposibilidad de conciliar elementos tan inconciliables como el socialismo de Estado y la anarquía.

No obstante ser bien clara la posición de los socialistas de Estado, nuestros camaradas no se dieron por vencidos. ¿Habrán creído acaso poder modificar la tendencia de los sucesores del marxismo, más y más empantanados en los parlamentos y más y más dispuestos a colaborar con la burguesía en el gobierno de la sociedad capitalista?

Llega el congreso de Londres de 1896. Como si nada hubiera ocurrido y pasando por alto la condición del reconocimiento de la actividad parlamentaria para ser admitidos en el congreso, nuestros camaradas se presentan en Londres, unos delegados de grupos anarquistas y otros de sindicatos obreros. Una hábil maquinación los dejó en la calle, con excepción de algunos franceses representantes de sindicatos obreros y Malatesta, que representaba organizaciones proletarias españolas. El choque en ese congreso fué formidable y la resonancia de la protesta de los expulsados fué inmensa, pues las personalidades más conocidas y respetadas de nuestro movimiento, como Reclus, Kropotkin, Domela Nieuwenhuis, Malatesta, Gori, Landauer, etc., etc. estaban allí y tomaron parte en uno de los más grandes mitines obreros que haya visto Londres hasta entonces. Los insultos de los socialistas de Estado contra los anarquistas adquirieron los tonos más miserables. El tránsfuga Guesde dijo de Kropotkin que era un loco y de Reclus que era una persona sin valor alguno; con razón respondió Domela Nieuwenhuis que los nombres de esos camaradas y el recuerdo de su actividad persistirían cuando el nombre de Jules Guesde y de todos sus congéneres haya desaparecido.

He aquí la resolución que cerró para siempre la cooperación de socialistas de Estado y anarquistas :

"La comisión de reglamentos del congreso es encargada de preparar la invitación al próximo congreso, dirigiéndose exclusivamente:

1. —A los representantes de las organizaciones que aspiren a substituir la propiedad y la producción capitalistas con la propiedad y la producción socialistas y que consideran la acción legislativa y parlamentaria como uno de los medios para llegar a ese fin.

2. —A las organizaciones puramente obreras que, aun no tomando una parte activa en la política, declaran reconocer la necesidad de la acción legislativa y parlamentaria; los anarquistas, por consiguiente, son excluídos."

¡Por fin! la ruptura que existía desde hacía tanto tiempo que sólo los anarquistas se empeñaban en desconocer, se consumó definitivamente. No porque nuestros camaradas lo hayan querido, lo cual está muy lejos de ser un título de honor, sino porque no tuvieron la posibilidad de continuar una comedia de unificación más que ridícula ya.

Desde el congreso de Londres de 1896, los anarquistas no volvieron a intentar concurrir a los congresos de los socialistas de Estado. Celebraron congresos propios, como en 1900 en París y en 1907 en Amsterdam, pero esos congresos reflejaban una considerable despreocupación por el movimiento obrero organizado; vino un período de propaganda pura por medio de grupos de afinidad. Andando el tiempo se reveló la impotencia de los grupos de afinidad y el valor fundamental del movimiento obrero revolucionario; los países en donde los anarquistas quedaron en el movimiento obrero, ofrecieron elementos de juicio para influir en un cierto cambio de frente de las actividades libertarias. Se dice que Kropotkin, en sus últimos tiempos, después de 1917, comprendió el valor de los sindicatos en una forma más exacta que hasta entonces.

En 1913 hubo ya una tentativa de los sindicalistas revolucionarios para reanudar los lazos de la Internacional obrera. El congreso de Londres no pudo dar frutos, entre otras causas por la intervención de la guerra mundial. Pero en diciembre de 1922 se fundó la nueva Asociación Internacional de los Trabajadores. Esta organización, fundada e inspirada por los anarquistas, nació en un período en que diversas fuerzas, con diversos propósitos, luchan por la unificación del movimiento sindical. Nosotros prevemos que la nueva Asociación Internacional de los Trabajadores respetará siempre su resolución antiunificacionista del congreso de Amsterdam, en marzo de 1925; pero aún se perciben a través de la prensa, por ejemplo en España, Italia, Portugal, Francia, voces que hablan de unificación obrera pasando por encima de todas las ideas y tendencias; y quienes así hablan son en parte anarquistas. Nosotros nos preguntamos: ¿será fatal una nueva serie de ensayos en el terreno *sindical* como los hechos en el terreno *político?* No se necesita ser muy perspicaz para predecir resultados idénticos.

Pero sería funesta una tendencia en ese sentido; nos condenaría a tener que vegetar muchos años hasta llegar al convencimiento de que las fuerzas que se repelen por razones tan fundamentales como la actitud ante el concepto de Estado, son tan inconciliables como el agua y el fuego, para usar la expresión de Rudolf Rocker, y su fusión o confusión beneficiaría únicamente la causa de la contrarrevolución mundial.

Es bastante el calvario sufrido desde 1876 a 1896 para poder concluir que la autoridad y la libertad no se dejan armonizar. No volvamos a emprender la misma vía, ni nacional ni internacionalmente, y obremos con las fuerzas propias, con la misma tenacidad de que hemos sabido dar prueba en 20 años de esfuerzos para mantener la unidad del movimiento obrero y socialista. El porvenir será entonces más pródigo en victorias para los ideales de la anarquía.

D. Abad de Santillán

---

les ocultas que trabajan para derrocar a Mussolini y el régimen fascista.

Para ellos, existen misteriosos emisarios, elementos que se inscriben en las filas del fascismo a fin de sembrar la desmoralización y la discordia, proveyéndoseles de grandes sumas de dinero, desembolsadas por poderosas instituciones financieras antifascistas.

Ya se sabe; todo lo que acaezca de anormal, todo lo que se halle al margen y fuera de la ley, serán los elementos antifascistas quienes cargarán con la tanda de delitos y hasta de las palizas, como la propinada a Amendola en Montecatini.

Por lo pronto el comunicado o versión oficial es que el delegado opositor "llegó a esos parajes en un momento particularmente delicado."

He ahí una explicación que no pansará las magulladuras causadas por el manganelo esgrimido por elementos que se proponen desprestigiar el fascismo, sin duda alguna.

LIBROS PUBLICADOS
POR LA
EDITORIAL LA PROTESTA

La Revolución Social en Francia, por Miguel Bakunin — primero y segundo tomos, $ 1.50 c|u.
Temas Subversivos, por Sebastián Faure—Un tomo de 310 págs. Próximamente segunda edición
Los anarquistas (Estudio y réplica), por C. Lombroso y R. Mella. Un tomo de 170 págs., $ 1.00
Mi Comunismo, por Sebastián Faure. Un tomo de 440 págs. En rústica, $ 2.00 — Encuadernado en tela, $ 3.50.—
Conferencias, tomo I: El Estado, su rol histórico, El Estado moderno, por P. Kropotkine. Un tomo de 150 págs. Rústica, $ 0.50. Encuadernación tela, $ 1.50 —
Cartas a una mujer sobre la anarquía, por Luis Fabbri. En rústica, $ 0.50— en tela $ 1.50.—
La Ukrania revolucionaria, por A. Souchy — $ 0.30
Miguel Bakunin (Noticia Biográfica), por J. Guillaume, $ 0.20.

EL TERROR

(*Conclusión*)

Por los gastos del proceso y por la multa yo debía cumplir cuarenta días de reclusión. Inútil es decir que reclamé la aplicación de la famosa cláusula para no hacer más de veinte días. Pero el tiempo pasaba. Se acercaba el vigésimo día sin haber tenido ninguna respuesta.

En fin, el día decimonono el guardián, con aire apiadado, me previno que me preparase para ir... a la instrucción (1). El coche celular me esperaba. ¿De qué nuevo delito me había hecho culpable sin saberlo?

Llegado al palacio de justicia, fuí conducido ante el juez de instrucción llamado Doppfer.

Este señor, muy cortés, me hizo sentar. Pero él y su escribiente eran de una solemnidad como para impresionaros... si no érais impresionables.

Pero yo no era muy impresionable. Comenzaba a estar cansado de los jueces de instrucción.

Después de las cuestiones obligatorias, sobre los nombres, apodos, etc., nos pusimos a discutir socialismo.

—Pero en fin — me dijo en un momento dado Doppfer — ustedes, los anarquistas, hacen saltar las gentes, atacan la sociedad. Es preciso que ésta se defienda.

—Nosotros no atacamos la sociedad. Atacamos su mala organización, sus abusos de poder, sus injusticas. La sociedad se defiende, dice Vd. ¿Pero no es responsable del mal que hace? Todos los días mueren centenares de gentes de hambre, de miseria, porque la sociedad está hecha sólo para los que viven del trabajo ajeno.

El señor Doppfer quiso reconocer que "ciertamente la sociedad estaba mal hecha... mal organizada..., que habría mucho que hacer para mejorarla..., pero, la violencia!... etc., etc." Se conoce la cantilena.

—Vds., señores jueces, tienen el hábito de jugar con la cabeza y la libertad de los individuos para defender a los que poseen. ¿Qué quieran ustedes? se encuentran algunos que tienen un carácter enérgico y que se vengan. Eso no lo impedirán.

Después de algunas escaramuzas de este género, el señor Doppfer me anunció que no habiendo encontrado ningún cargo contra mí, — no me había dicho de qué estaba acusado — sería puesto en libertad... provisoria al día siguiente, beneficiado por la cláusula de que he hablado.

Y al día siguente me reintegré en la calle Mouffetard, 140.

Estábamos siempre en libertad provisoria. El 2 de enero de 1893, la policía se presentó en casa de mi pariente Benoit, que habitaba en el 140. Su mujer estaba sola. Le presentaron una orden de allanamiento. Llevaron un paquete de cartas que yo había dejado en su casa justamente para que no fueran encontradas en caso de investigación en mi domicilio. No porque fuesen comprometedoras, sino porque me interesaba conservarlas.

Tenía cartas de literatos, de Darmant, antiguo capitán de suavos, retirado en Foix, algunas de Roquefixade, una de Ravachol que me había escrito desde la Conciergerie. Además un manuscrito que no había leído, sobre la fabricación de explosivos, que me había sido remitido por Perrare (2).

Cuando bajé a casa de mi pariente supe lo de la investigación y la desaparición del paquete de cartas. Como las "investigaciones domiciliarias" no se habían hecho conocer ni se formaba proceso verbal, le incité a ir al comisario de policía del barrio para reclamar lo que había sido llevado.

El comisario no estaba al corriente de nada y le dijo que escribiera al procurador de la república, lo que hice entonces de inmediato. Sin recibir ninguna respuesta, naturalmente.

A la cabeza de uno de los números siguientes del periódico publiqué este aviso:

"Aviso a los coleccionistas.

A consecuencia de la investigación domiciliaria de que ha sido víctima uno de nuestros amigos y de la cual hemos hablado en nuestro último número, hemos escrito al Procurador de la república para reclamar la restitución de las cartas que nos pertenecen.

Nuestra reclamación quedó sin respuesta e ignoramos si nemos tenido que ver con la policía o con simples rateros. Por estos tiempos de Panamá, nos es permitido suponerlo todo. —Habiendo confesado el señor Rouvier que había recibido botas de vino para las necesidades de su política, eso prueba que todos los medios son buenos para hacer dinero. Podría suceder que se intentase sacar provecho de esas cartas, pues emanan de autores conocidos como Zola, Ajalbert, Descaves, Mirbeau, Manouvrier, Bernard Lazare, A. France, P. Adam, M. Barrés, Ives Guyot, etcétera.

Si algún día esos señores encuentran esas cartas en el comercio, habrá una responsabilidad de delicadeza que nosotros declinamos. Les rogamos que hagan responsables de esa villanía, si se produce, a los que nos han desvalijado.

En caso de que se presenten a los señores comerciantes y coleccionistas de autógrafos esas cartas que se refieren a nuestro Suplemento, les prevenimos que negociarán con ladrones. Les rogamos que les hagan echar mano como tales.

Además, se nos han quitado documentos de identidad (mi libreta militar), y los que los poseen pueden servirse de ellos para cometer alguna suciedad en nuestro nombre; manifestamos que esos documentos nos han sido quitados el 2 de enero y que actualmente ignoramos en qué manos se encuentran."

Más tarde, cuando estaba conmigo en *Temps Nouveaux*, Delesalle me avisó un día que en un catálogo de una venta Charavay había visto que había una carta de Ravachol dirigida a mí.

Pero la venta había tenido ya lugar.

Escribí a Charavay para preguntarle de quién había recibido esa carta y a quién la había vendido.

Claro está, el señor Charavay no se recordaba de la carta ni por consiguiente de quién la había recibido.

La represión continuaba. Se detenía a diestra y siniestra. Los periódicos revolucionarios eran perseguidos, condenados por la más mínima cosa.

Considerando que las leyes sobre la prensa no eran bastante severas, se aumentaron las penalidades para la mayoría de los casos.

Pero era un cauterio sobre una pata de palo. La propaganda revolucionaria continuaba viento en popa. Todos los días había algún atentado, más o menos serio, algunos actos de rebelión. No sólo en Francia, sino en todas partes.

En agosto de 1892 estalló una huelga en Carmaux, seguida de perturbaciones que duraron algún tiempo y agitaron la opinión.

Un buen día fué descubierta una bomba en la sede de la Compañía, avenida de la Opera. Fué transportada al puesto de policía de la rue des Bons Enfants, donde estalló implicando la muerte... por confiscación, de uno de los agentes.

La bomba, que más tarde fué atribuída a Emile Henry, había sido más inteligente que sus autores. Si hubiese estallado en la avenida de la Opera habría causado, según parece, la muerte de varios obreros de un taller de costura que estaba en la proximidad del lugar donde había sido colocada. Eso no habría hecho más que agitar la opinión pública contra los anarquistas, mientras que en el puesto de policía eso tenía menos importancia.

Un poco más tarde estalló una bomba en el teatro más lujoso de Barcelona, en el Liceo, lanzada por uno o más desconocidos, matando una veintena de personas e hiriendo unas cuarenta. Después fué atribuída a los anarquistas, que habrían querido vengar a Pallas, un anarquista fusilado a consecuencia de una tentativa contra el autor de la ejecución de inocentes en Jerez.

Kropotkin me envió un artículo reprobando el acto.

Kropotkin tenía razón en cierto grado. Vengarse contra inocentes. Lanzar bombas en un lugar público, donde matarían, estropearían quizás a gentes que no valen mucho, pero también a gentes estimables, no es un medio de proclamar la fraternidad, la solidaridad, la justicia.

Pero atravesábamos una época de rebelión. La autoridad en España había sido infame. Se había, como en Francia, detenido a gentes, sin motivos válidos, se les había conservado indefinidamente en la cárcel. Pero además se les había enviado al presidio, se les había torturado en la cárcel. ¿Quizás los autores del atentado eran de aquellos que habían sufrido persecuciones? Según mi opinión, antes de saber no podemos juzgar a los autores del atentado.

Escribí en ese sentido a Kropotkin, pidiéndole que retirase su artículo. Lo que hizo, por lo demás, sin vacilar. Escribí yo uno, para reemplazarlo, titulado "La venganza", que terminaba así:

"Ciertamente, para llegar a ejecutar ese atentado, es preciso tener el corazón carcomido por el odio, corroído por los sufrimientos. Para que un anarquista, cuya suprema preocupación es la justicia, pueda llegar a concebir friamente la muerte de tantas personas culpables sólo de pertenecer a la clase privilegiada, es preciso que esté profundamente ulcerado.

Que los burgueses, que son los afectados, les lancen anatemas, está en la lógica humana.

Si reflexionan en las miserias que engendra el orden social de que obtienen sus beneficios, en las vidas humanas segadas por su avaricia, deberían asombrarse de que París exista aún."

Más tarde supimos que uno de los autores del atentado era de aquellos que habían sido atrozmente torturados en el castillo de Montjuich. Eso no justificaba el atentado, pero lo explicaba.

Vino por fin el atentado de Vaillant contra el "acquarium", como el *Père Peinard* había llamado al Palais-Bourbon.

Esta vez era demasiado. Sólo a regañadientes habían consentido los diputados en votar las leyes que agravaban las penalidades contra la prensa. Hasta entonces los actos de revuelta no les concernían. Pero desde el día en que se les atacó a ellos, se enfurecieron. Lo que se denominó "lois scélérates", es decir la famosa ley contra lo que se llamaba "asociación de malhechores" y por la cual se formaba parte de una asociación sin haber visto jamás ni tenido correspondencia con aquellos con quienes se era acusado de estar asociado, fueron votadas de inmediato, sin resistencia, sin remisión. Los que tenían conocimiento de la preparación de un atentado y no denunciaban los hechos de que tenían conocimiento, eran perseguidos como cómplices. Eso no tuvo importancia.

En cuanto a los periódicos, no sólo el gerente, el escritor podían ser perseguidos, con las penalidades aumentadas de nuevo hasta cinco años de prisión, allí donde antes se podían recibir 6 meses, sino también el impresor, el vendedor. Volvíamos a los tiempos del Imperio.

A consecuencia de esa ley, Bourbien, el vendedor del *Petit Parisien*, que hacía el servicio de *La Révolte* a las librerías de París, para ponerse al abrigo de dicha ley, me hizo firmar un compromiso por el cual yo figuraba alquilándole uno de sus postigos. Yo debía estar presente en la distribución del periódico a los revendedores.

Mercier y yo, para estar a la hora, — la distribución comenzaba hacia las dos o las tres de la madrugada —, nos íbamos a los alrededores del Croissant, pasando la noche en el café hasta que los establecimientos cerraban y volvíamos por la mañana muertos de cansancio, después de haber hecho acto de presencia en la distribución a los revendedores.

Hablando de Mercier, éste era un tipo curioso. Me vino a ofrecer sus servicios cuando Ritzerfeld había muerto — recomendado por Eliseo Reclus.

Yo no le había aceptado más que a causa de la recomendación de Reclus. No me había sido simpático al principio. Pero con el tiempo esa impresión se había atenuado, aunque, a veces, emitía aforismos más bien extraviados.

Pero yo atribuía eso a la necesidad de *épater* a las gentes. Había, creo, mucho de eso. Fué él quien me reemplazó cuando fuí detenido. El fué detenido a su vez. En el proceso de los treinta supe que su verdadero nombre era Pedot y que había sido condenado por alguna indelicadeza en no sé qué empleo que tenía en una alcaldía, en Bourges, si no me engaño.

No tuve nunca motivos para quejarme de él mientras estuvo conmigo. Oí contar más tarde que se vanagloriaba de haber escrito — o aproximadamente — *La Gran Familia*. Era una vanidad infantil. Yo la había escrito en Sainte Pelagie antes de conocerlo.

Los atentados continuaban. Se producen entre otros los de la banda Ortiz. Sentíamos cerrarse cada día más el cerco de la policía en torno a nosotros.

El primero de enero de 1894, mi pariente Benoit me hizo advertir que se estaba en tren de hacer una investigación en su casa y que se iba a venir a la mía también. Tonny dirigía la operación.

No conservando nada, según mi costumbre, quemando las cartas a medida que las respondía, quemé pronto la media docena que quedaban aún de la víspera y me puse a esperar la llegada de los sujetos, que no tardaron.

Después de haber oleado, para tranquilidad de conciencia, parecía, Tonny se apoderó de una caja con algunas fichas de abonados, los últimos que habían venido y de los cuales no había tenido tiempo de hacer imprimir las tirillas.

Le hice observar que eran direcciones de suscriptores, que me eran indispensables, que quería llevármelas contra todo derecho.

Pero me respondió que debía ir a reclamar durante la semana al Palacio de Justicia. Al ojear consultaba de tanto en tanto sus notas que tenía en la mano. Eso no me decía nada de bueno.

Al fin me pidió que lo condujese a mi domicilio privado.

Como la oficina se llenaba más y más de papeles, había alquilado en rue Monge una habitación a la cual trasladé mis muebles.

En la vaga esperanza de que eso escaparía a la policía, la alquilé con el nombre de Benoit. Pero estando éste entre las patas de los podencos, la precaución era inútil.

Traté de eludir la cuestión diciendo que no tenía domicilio propio, que habitaba en una casa de huéspedes.

—Entonces, estoy forzado a detenerle.

No había nada de comprometedor en rue Monge. Pero eso no quería decir que después de todo no se terminara el asunto, sin embargo, con mi detención. Pero, arrestado por arrestado, toqué mi último recurso. Llevé a mis espías a rue Monge.

La visita no duró mucho. No encontraron nada y se fueron dejándome libre.

Durante la jornada supe que centenares de anarquistas habían recibido visitas parecidas.

Durante la investigación hecha en casa de mi pariente, la mujer reconoció al

---

(1) *Era la visita al juez de que se habla en la carta precedente.*

(2) *La carta de Ravachol era la respuesta a una que yo le había dirigido.*

Algún tiempo después del arresto de Ravachol, Mín Benoit me dijo que se me había venido a buscar un día que yo había estado ausente. Era Laborie que quería hablarme a toda costa y me rogaba que fuera a su casa. Fuí a verle. Me contó que en la Conciergerie se estaba en tren de maniobrar para imponer a Ravachol un defensor elegido por la administración, que era preciso evitar eso. Que él, Laborie, se encargaría voluntariamente de la defensa de Ravachol.

¿Qué había en todo eso? El hombre me parecía sincero. Le prometí intervenir ante Ravachol.

Habiendo encontrado a Pouget, le conté la cosa. —Vaya a ver a Atthalin, me dijo.

Atthalin era el juez encargado de instruir el proceso a Ravachol.

Dicho y hecho. En el palacio de justicia se nos dijo justamente que el señor Atthalin estaba en la Conciergerie en tren de interrogar a Ravachol. Fuimos a la Conciergerie. Atthalin había salido. Volvimos al gabinete de Atthalin, pero éste se rehusó a vernos.

Corrimos a la oficina de correos frente al palacio de justicia. Expedí un pneumático a Ravachol, aconsejándole que pidiera a Laborie como abogado. Ravachol me respondió que había elegido ya a Lagasse. Esa fué la carta confiscada.

tipo que había operado. Era Fedée, uno de los individuos agregados especialmente a la brigada que se ocupaba de los anarquistas.

Además, apercibiéndose, al poner orden en el armario que habían registrado los espías por la mañana, de la desaparición del ejemplar de *La Sociedad Moribunda* que yo había dado a su marido, se recordó haberlo visto en manos de Fedée.

Cuando me dió cuenta de sus descubrimientos, le envié al comisario de policía del barrio que había asistido a la investigación para reclamar el volumen. Pero éste — no el volumen, el comisario — insistió en que no había sido llevado nada. Y cuando mi parienta le afirmó que vió el volumen en manos de Fedée, que seguramente era él quien lo había tomado, el comisario juró por todos los dioses que un oficial de policía no podía ser acusado de llevarse un volumen sin declararlo en el proceso verbal, que lo buscara en su casa, que seguramente lo volvería a encontrar.

El volumen había sido robado; por oficial de policía que fuese, Fedée no había desdeñado metérselo en el bolsillo. Quizás habrá ido a enriquecer también una librería de viejo. Llevaba una dedicatoria.

Aparte de eso, los policías son gentes honestas...

Yo quedé en libertad. Por lo demás ese día fueron hechos muy pocos arrestos. No más de media docena.

Al comienzo de la semana un empleado de correo me remitió una lista de los camaradas cuya correspondencia debía ser confiscada en el correo. Era larga. Evidentemente se preparaba un lazo. No había más que un modo de escapar a él y era cesar de aparecer. Eso habría sido prudente, pero no muy valeroso. No quedaba otro recurso que esperar.

El sábado siguiente, estoy seguro, antes de las cinco de la mañana, se golpeó a mi puerta, rue Monge. Habiendo preguntado quién era, me respondió la portera que tenía que hablarme.

¡Hablarme a estas horas de la noche! Adiviné lo que pasaba. Abrí la puerta y dos o tres policías se precipitaron sobre mí.

Al fin, habiéndome consentido acabar de vestirme, revisaron un poco a la ligera todas las cosas y acabaron por descubrir un paquete de cartas. Todas tenían relación con el Suplemento y emanaban de literatos. Eso no podía comprometer a nadie. Sólo que yo las creí bien perdidas para mí.

No fué así, sin embargo. Un día, en la Conciergerie, se me devolvió el paquete con la llave de mi habitación. ¿Faltaba algo? Es posible, pero como no tenía lista, no puedo juzgar más que por los antecedentes.

Encontraron igualmente un revólver. Era el que me había hecho devolver ya dos o tres veces. También él me fué devuelto a mi regreso de Clairvaux, cuando fuí a reclamar otros documentos que habían sido retenidos.

En cuanto a mi portera, supe luego que había sido forzada a levantarse, no obstante sus negativas, y a subir con los policías, habiéndose conmovido hasta tal punto que cayó enferma y pensó morir.

Cuando fuí condenado definitivamente a dos años, mi pariente Benoit obtuvo autorización del propietario para trasladar mis muebles de nuevo a 140 rue Mouffetard.

De la rue Monge fuí llevado al puesto de la Alcaidía del Pantheon, donde se nos hizo esperar que se hiciera de día. El comisario me confió a sus dos acólitos para llevarme al Depósito. Durante el camino me ofrecieron tomar el tranvía, haciéndome observar que me trataban con consideración, ofreciéndome ir a tomar un vaso.

Pero yo preferí gozar de los instantes que me quedaban para respirar el aire libre. Preferí ir a pié. Llegado al Depósito fuí atado. ¿Cómo terminaría eso?

J. Grave

Extracto de Cuarenta años de propaganda. *Busco suscripciones para la edición francesa de este volumen. Si llegase a reunir un número razonable, eso me ayudaría a encontrar un editor... Aviso a los camaradas que puedan suscribirse, que envíen su adhesión a Jean Grave, rue Emile About, 9. Robinson par Sceaux Seine, Francia.—J. Grave.*

HENRI ROUSSEAU

(*Conclusión*)

¿Cómo ha sabido interpretar la tristeza siniestra de un callejón despoblado, o de una extensión de tejados parisienses, sombríos bajo la bóveda gris del cielo nublado; o la suavidad de una pradera con vacas, de un campo despojado, de un jardín, de una villa abandonada, blanquísima entre las ramas negras de los tilos y de los cedros!

Pero lo que más diferencia a Rousseau de sus hermanos populares, de los cuales conserva los medios de expresión y la falta de facundia pictórica, es su tendencia hacia lo fantástico y especialmente su pasión casi nostálgica por los espectáculos y la vida de los países exóticos, pasión que una estada de dos años en México no explica suficientemente, pero que se desahoga en composiciones numerosas, inmensas, donde lo grotesco se une a lo tierno, lo absurdo a lo magnífico, el absoluto extravagante a lo bello y poético. Son luchas crueles de negros y de fieras entre la hierba pulposa de una llanura, guerra de tigres y de antílopes en la profundidad florida de bosques inexplorados, serpientes entrelazadas, idilios alegres de monos enamorados, lanzándose cocos y nueces de palmera a palmera... Imaginaciones caprichosas, sin otro color local que el rosado y misterioso del alma infantil del artista. Nueva mezcla de genialidad y de extravío mental.

La más característica y quizás la más bella de estas pinturas, es la que el artista expuso en el Salón de Independientes, de París, del cual formaba parte, creo que desde su fundación.

Se titulaba: la *Rêve d'Yadwiga.*

Yadwiga dans un beau rêve
S'étant endormie doucement
Entendait les sons d'une musette
Dont jouait un charmeur bien pensant.
Pendant que la lune reflète
Sur les fleurs, les arbres verdoyants,
Les fauves serpents prêtent l'oreille
Aux airs gais de l'instrument.

Estos versos, escritos por el autor en un cartelito color de oro y pegado en el marco del cuadro, debían servir, según él, *d'explication.* Pero miremos el cuadro:

Yadwiga, muchacha polaca; se ha sabido después, de las menos agraciadas, pero espiritual amiga de juventud del pintor, yace desnuda sobre un canapé de terciopelo, color sangre, en el corazón de una virgen floresta del trópico. El encantador, pensando que acaba de despertarla de su hermoso sueño, sigue tocando la pipiritaña, atrayendo animales feroces de todas partes. Sorprendida y un poquito amedrentada, ella mira un león y un tigre llegados los primeros para escuchar los sonidos de la flauta, humillándose con cautela, pero feroces con sus ojos redondos y fijos, rodean la tenebrosa desnudez del encantador, nuevo y original Orfeo, cubierto únicamente de un par de calzoncillos de baño, pintados como el Iris. Entre las abundantes y túrgidas plantas de exótica lozanía, se mueve una negra y rosada serpiente, y un orejudo elefante levanta la trompa para cojer una naranja. Un macaco se columpia sobre las ramas florecidas, y los pájaros, cándidos y entusiasmados, reposan y escuchan. Flores silvestres, especie de lotos o nenúfares monstruosos, redondas y vellosas, veteadas con rojo como las de la uva turca, o afiladas a guisa de bayonetas, se levantan de la tierra ardiente y feraz, hacia el cielo aperlado, en el silencio amigo de la luna. Esta, blanca y amplia como un disco ferroviario, pende inmóvil entre el follaje y las cimas.

Ahora viene al caso preguntarse: ¿Qué significa este agolpamiento de cosas heterogéneas, discordantes entre sí, en este gran cuadro, ante el cual el crítico levanta la espalda y el buen público se marcha descoyuntándose de risa, y hasta el más complaciente *amateur* deja escapar una mueca de estupor o una sonrisa? ¿Qué significa? Y bien: no significa nada. Como alguien pidió que explique al menos el por qué de ese canapé entre plantas de una flora desconocida, el artista respondió: "porque era absolutamente necesario". Es que Henry Rousseau, que no razona, sino que obra al primer impulso y conforme a su particular modo de concebir, había comprendido esta verdad: que en arte todo está permitido y es legítimo, que cada cosa contribuye a la expresión de un estado de ánimo. Ese canapé, ese desnudo cuerpo, esos pájaros, esa luna, esas fieras, esas flores, sea por su colorido o por su estructura, representaban para el pintor diversas imágenes que, independientes de cualquier lógica discursiva, permitían en su espíritu una unidad puramente artística, y él se ha servido como de los elementos más apropiados para exteriorizar su personal visión, concordando así con las tendencias de la pintura moderna, que desea expulsar del arte todo elemento racional, para abandonarse a la exaltación lírica derivada de los colores y de las líneas, independientemente de su práctica destinación y de su empleo como delimitadores y diferenciadores de cuerpos y de objetos.

HENRI ROUSSEAU — Cuarteto feliz.

De donde, más bien que preguntarse lo qué pretenden significar esas cosas, que para el pintor no son más que imágenes, será mejor ver si en su colorido y construcción aparece ese sentimiento poético que él quiso poner, y así podrá reconocerse sus fuerzas y al mismo tiempo sus derechos de creador.

Y, si en el primer momento, contemplando la novedad y singularidad de la composición, te dan ganas de reír, riamos: tal vez quiera decir que el pintor no ha logrado plenamente su intento, pero, si reflexionamos después de las razones profundas de toda forma de arte, quizás advirtamos que, como quiere Rousseau, ese diván de terciopelo rojo es verdaderamente necesario; y que de la fea polaca Yadwiga no sería posible corregir un dedo "desdibujado" sin destruir la armonía del conjunto. En sus días, también el buen Donatello reía de las extravagancias pictóricas de su tímido amigo Paolo Uccello; pero el que sabe lo que significan arte y belleza, se da cuenta del error cometido; pues el "atolondrado" que no sabía construir un caballo según la anatomía, era uno de los más frescos, de los más sinceros, de los más valientes, y por esto mismo, de los más grandes pintores del cuatrocientos y de todos los tiempos, de Florencia, de Italia, del mundo.

Recordando a Paolo Uccello, he nombrado sin querer al único artista europeo al cual Rousseau pueda ser comparado. Como él, vive en un mundo extraño, fantástico y real a un tiempo, presente y lejano, a veces risible y a veces trágico; como él, se complace en la abundancia lujuriosa de las plantas, de los frutos y de las flores, en la compañía imaginaria de animales, de fieras y de pájaros; como él, pasa la vida entregado al trabajo ignorado, paciente y recogido, saludado por las risas y las burlas cada vez que deja su soledad para mostrar al mundo el fruto de sus fatigas.

No quiero decir que su grandeza sea igual; muchísimas cosas que nuestro florentino tenía por demás, faltan a Henry Rousseau: el poder de construir sólidamente los cuerpos, el de investigar más resueltamente los aspectos de la realidad, un mayor sentido de la verdad al concebir; una visión más vasta, más masculina y religiosa del mundo. En cuanto a decir que Paolo Uccello es muy grande y Rousseau no, ninguno desea afirmar lo contrario. Pero el moderno, ¿no puede ser comparado con el antiguo, sin escándalo? Y que no hay escándalo pueden decirlo los pocos admiradores del pintor, que sin temor al ridículo, siguen desde hace varios años su evolución y conocen por esto algunas de sus viejas pinturas, custodiadas con amor en los estudios de jóvenes artistas y en colecciones privadas, telas dignas de figurar al lado de cualquier bella obra antigua o moderna.

Por otra parte, es verdad que, a pesar de la innegable belleza de las obras de Rousseau, no ha faltado quien, reiteradamente, ha presentado la duda de que Henry Rousseau sea, como vulgarmente se dice en París, un *fumiste.* Es el juicio que aventuran siempre aquellos que, no sabiendo bien lo qué quiere decir arte en general y especialmente arte moderno, ven un riesgo, una novedad, cualquier cosa, porque todavía ninguna persona distinguida lo ha consagrado y aprobado para la segura admiración de las masas, y en seguida el miedo de ser señalados en el medio, les hace decir insolencias. Pero en este caso, las tales, más bien que injustas y calumniosas, son sacrílegas. En efecto, basta haber visto a este pobre pensionado en su estudio casi miserable, entregado a acariciar con ternura el pétalo de una de esas florecillas inimitables, con las cuales él, como los primitivos, gusta alegrar sus paisajes y los fondos de sus retratos, o haberlo oído hablar de su vida y de su arte, y conocer su bondad y su desinterés, para saber con cuánta sinceridad y pasión se absorbe íntegro en su trabajo, sin otra finalidad que dar alegría a los demás y alegrarse también él.

Así, queriendo insistir sobre este punto, y teniendo en cuenta su mentalidad de antiguo gabelero y la escasez de su facultad crítica, que le hace amar igualmente Miguel Angel y Carolus Durand, Cézanne y Didier-Pouget, se puede llegar a la conclusión de que, lejos de pintar en ese modo primitivo e infantil, para *épater,* como se dice, a los burgueses, él no lo hace sino ilusionándose de hacer de otro modo, y casi a su pesar. Por mi parte, siempre he pensado, y creo ser prudente, que su sueño ocultísimo, la última Tule de sus deseos, sea la manera de Bouguerau, ¿qué sé yo?, de Cabanel, de Gerôme. Sino que la inteligencia es, como se sabe, una facultad del todo secundaria en el artista y, por otra parte, el Espíritu sopla donde quiere.

ARDENGO SOFFICI

POR LOS SALONES

Domínguez Díaz

Estos tres pintores realizan la exposición de sus obras en los salones de la casa Witcomb. Los tres son malos, y el mejor de ellos Domínguez Díaz. Uno de los empleados de la casa me dijo el día de la inauguración, no sin cierta sorna: "Nosotros, los españoles, tenemos también nuestro Figarí"; no lo maté.

Domínguez Díaz mezcla el óleo con gouache; mal negocio para los que adquieran sus cuadros; lo hace para lograr opacidad en algunos tonos. Sabe todo lo que puede saber un recién egresado de Bellas Artes; trata de ser original; trata de buscar una originalidad, una personalidad que no existe en él. Fué descubierto por Zuloaga en Zaragoza.

Puig

Es una inferior repetición de Anselmo Miguel Nieto; sus cuadros tienen gran éxito; su fortuna está perfectamente de acuerdo con la mayoría del público. Un jovencito que se da aires de entendido comenta en alta voz con un compañero que tiene todo el exterior de un pintor (mal pintor)... "Fíjate en esa luz... es maravillosa; fíjate en esa manzana, fíjate en su admirable realización. Baroja escribió, no sé en cual de sus libros, que para él era un pintor el hombre que fuera capaz de pintar bien un pimiento..." Compadezco al jovencito, a su compañero y a Baroja, a Baroja, que tuvo el honor de despreciarnos. Pintar bien un pimiento es, simplemente, saber pintar, pero no ser pintor; la pintura es un oficio como otro cualquiera que se aprende mediante una dedicación constante y metódica, sin que sea necesario talento, basta con una mediana inteligencia. Hay hombres que tienen algo que decir a sus semejantes y se valen de la pintura como medio expresivo; éstos son pintores. Hay otros que no tienen nada, absolutamente nada que exteriorizar, pero saben pintar, y pintan y llenan salas y más salas; éstos no son pintores, y a estos últimos pertenece el señor Puig.

Mújica

En la puerta de acceso a la sala donde este hombre que apenas sabe pintar muestra sus telas, se vé un recorte de diario, cuidadosamente colocado en un marco; el recorte nos muestra dos fotografías de la reina de España, entrando y saliendo de una exposición que este pintor realizó en Madrid. No es sonso el señor Mujica; es un buen comerciante; sabe perfectamente que el recorte de marras es una eficaz camada para los compradores de cuadros.

Nada vale la pena decir de sus trabajos; es tan malo que es preferible enmudecer.

M. MASCARINHAS

Bogdan Klin (Van Riel)

Si no nos equivocamos de mucho, una de las acuarelas —"Invierno en Rodopite" (Bulgaria) — exhibidas en esta pinacoteca, fué aceptada en el Salón de los Acuarelistas de este mismo año. Entonces el principal encanto de élla, para nosotros, era que con suma sencillez se había logrado los lampos nacarados de las extensiones nevadas. Pero al examinar las veinticuatro acuarelas, reunidas en un conjunto homogéneo, acompañado de dos óleos, comprendimos que es imposible juzgar a un pintor por una sola de sus producciones.

Estas dos telas embadurnadas con una materia demasiado crasa, tratada con grandes brochas en un alarde de una agilidad funambulesca, evidencian a todas luces la escasez de un gusto más o menos depurado en las delicadas cuestiones del arte. Porque es así; estos pintores podrán hallarse por encima o por debajo de lo esencial del problema pictórico por su ingenio en colocar, sobreponiendo, los tonos y sus condiciones de cortesanos adiestrados, mas nunca llegarán más que a eso, a una mediocridad desconsoladora.

Haber incluído en esa muestra esos dos cuadros — "Eva" y "Leyenda" — que con las solas acuarelas hubiera podido merecer otro concepto, hace aparecer el resquicio por donde se puede acechar la verdadera personalidad del pintor. Por lo demás, confeccionar con determinado buen sentido y sensatez, acuarelas, se halla al alcance del más ínfimo aficionado.

Ya rebasar de este límite, transponer la frontera donde se podrá recorrer grandes espacios, es otro cantar.

Roberto Cugini (Chandler Zuretetti)

Transcribamos el entero título del catálogo, para darnos cuenta hasta cuáles aberraciones puede llegar el engreimiento y la encocorada pedantería de dos entes ridículos. Dice así: "Exposición personal de retratos y paisajes a punta de pluma, de"... etc. Luego se añade que "los cuadros han sido encuadrados" y se inaugura el prólogo, que lógicamente debía firmar don Antonio Bermúdez Franco. Escuchémosle:

Roberto Cugini, el renacentista. No de otro modo se puede calificar a este dibujante del sentimiento y la técnica equilibrados. Técnica y sentimientos fundidos en serena sabiduría. Dudo que en el mundo haya artistas que, con la pluma sólo, superen en realización de belleza a Roberto Cugini.

Para una pequeña muestra de la vanidad enfermiza de estos dos entes, nos parece es suficiente. Pero añadamos algo más de esta especie de caricatura de caricaturista, calzando la gravedad asnal de los "grandes críticos".

El joven maestro argentino (comprueben cómo pululan y se multiplican los jóvenes maestros) *baraja la luz, juega con ella, la desparrama, con fluidez animica, sobre el dinamismo de los anatómicos volúmenes. La desliza, misteriosamente, como un nuevo Leonardo da Vinci, por la gracia mórbida de la epidermis.*

¿No afirmamos nosotros que la impudencia de cierta gente es adecuada a sus limitados, demasiado limitados alcances? Más corto es el entendimiento, mucho más grande es la vanidad y la soberbia.

Pero si alguien se aviniera, no temiendo padecer un pésimo cuarto de hora, y fuera a echarle sólo un vistazo a esos retratos y paisajes "a punta de pluma", comprobaría por sí mismo qué lejos se halla el Cugini, no de Leonardo, sino de cualquier ilustrador mediocre.

Hablar y decir que esos puntitos, realizados *a punta de pluma,* es la faena de paciencia chinesca de un presidiario, si éste fuera de la misma mentalidad del autor de "Diálogos estéticos", es dar a entender lo que puede ser aquello.

Siendo un deber penoso expresar verdades rudas y empapadas en el amargo sabor que dejan en los labios ciertos espectáculos deprimentes, nos duele ejercerlo tan a menudo; las llagas, para cauterizarlas, es necesario el hierro candente.

ALVARO YUNQUE

BARRETT

Este artículo lleva el fin de divulgar entre los lectores, el nombre del escritor, a mi entender, el más grande que hasta ahora hayan dado las letras hispano-americanas. Rafael Barrett, que produjo su obra en América, nació en Algeciras, España, y murió en Arcachon, Francia, en 1911; seguramente antes de los treinta y cinco años. Dejó nueve libros: *Ideas y Críticas, Moralidades Actuales, Mirando Vivir, El Dolor Paraguayo, Lo que son los Yerbales, El terror Argentino, Al Margen, Cuentos Breves y Diálogos y Conversaciones.* Está anunciado su *Epistolario Intimo.* Y por ellos se puede clasificar a Barrett como articulista, conferencista, cronista, crítico, panfletista y cuentista. Por sobre todo, es un Maestro, un maestro en el sentido más didáctico, en el sentido cordial de esta palabra que se ha prodigado en demasía, en especial a los literatos que no nos enseñaron otra cosa que la técnica del oficio. Es el caso de Ruben Darío, arquetipo de literato; y de literato parisiense, bulevardiero, altamente perjudicial para el espíritu literario de América. Nada más que para su espíritu literario, ya que la vida de sus pueblos siguió desarrollándose ajena en absoluto a la aparición de su obra: planta de invernáculo. Así debía ser, por otra parte. A ningún pueblo se lo alimenta artísticamente con "lises"; y el de América exigía — ¡exige aún! — trigo para su cuerpo y para su alma. Barrett se lo dió. Él sí fué un Maestro; lo fué porque en todo instante, con cálida palabra, nos enseña a amar la vida, a reconciliarnos con nosotros mismos y nos da energía y ansias de perfección individual para contribuir a la evolución

de la especie. Jamás un escéptico, un melancólico, un débil, un cobarde puede merecer el nombre de Maestro, el más alto a que pueda aspirar un hombre de nuestros días. Sólo podrá ser Maestro el creyente, el hombre de fé, el fuerte y valeroso; porque sólo con estas cualidades se es fecundo a los demás hombres. Sólo así se es sembrador del futuro, que ésta es la misión de quien aspire a llamarse Maestro. Barrett lo fué en cada página de su obra vital, en cada acto de su vida generosa. Esto en cuanto a la esencia que, en cuanto al estilo, también es de Maestro. Y lo es por su sencillez. Las complicaciones verbales o tipográficas quedan para los que no tienen nada que decir. ¡Pero Barrett tenía tal plétora de verdades que arrojar a los "sauvages" de América! ¿Cómo perder el tiempo en la búsqueda de vocablos exóticos? Si él escribió para los sencillos, justo era que les hablase con sencillez; y así nos ha dejado su lección honda: en tono cordial de Maestro — el énfasis queda para el catedrático—, de hombre bueno al que angustian las verdades que él posee y de las que no puede hacer partícipes a todos los hombres del mundo, sin pedanterías de dómine, "borracho de su propia jerga"; nos ha dejado una lección de inquietud sobre todo, la que se traduce ya en ansia irrefrenable de pensar más allá de los libros, por cuenta propia, ya en actos de bizarra rebeldía. Porque como de todo hombre bueno, podría decirse que Barret murió quemado en su propia indignación.

Fué un milagro en tierras de América, el milagro que podría ser un rosal erguido en medio de una plantación de zapallos; y lo fué porque era un transplantado: una semilla de hondo pensamiento y superior belleza, traída por las circunstancias a arraigar y florecer en un ambiente poco propicio para su total desarrollo. En dura tierra demasiado primitiva, en tierra inhóspita para la profundidad de su meditación y la altura de su sentimiento, le tocó arraigar; y por ello fué un fragmentario. De esto se resiente su obra, no porque le falte unidad, ya que Barrett, por la intención de realizar el bien que siempre lo condujo al escribir, es un orientado. Mas su obra da la sensación de trozos dispersos a los que faltara algo exterior que los uniese para poder apreciarlos en conjunto. Ello resulta, sobre todo, por la falta de ambiente en que le tocó actuar. Él obligóle a escribir para ganarse la vida, no el libro de elaboración lenta y arquitectura sólida, sino el apresurado artículo de periódico, cuanto menos denso más fácilmente publicable. Barrett todo lo escribió para las hojas cotidianas y fugaces del periodismo; y allí, en el propio reino de la frivolidad y la ñoñería, él realizó sus páginas eternas y medulosas. ¿Por qué? Porque al periodismo, donde todo es falso y más o menos negociable, él llevó su valerosa honradez y su sinceridad indomada. De él son éstas palabras, su credo y norte de conducta, porque Barrett artista da razón de su vida de hombre, como Barrett hombre la da de su obra artística. Dice: " La única virtud del hombre, es el valor. Valor en los puños, en la lengua y debajo del cráneo. El valor de los instintos es la virilidad: el valor de las ideas es la sinceridad. Si llega a veces el valor a una audacia tan inútil como admirable, el valor útil se llama constancia, y la prudencia no es simpática sino bajo la forma de un valor lúcido y paciente que ve de lejos porque mira sin temblar. El hombre fuerte es valiente por definición, en tanto que la única fuerza del débil es la prudencia, hija de la desconfianza y hermana de la astucia".

*

Y surge la pregunta: ¿Fué periodista Barrett? Ante todo: ¿Qué es un periodista? O mejor: ¿Qué ha llegado a ser un periodista en la vida contemporánea? Responderíamos: un muñeco mecánico, una cosa que, al sentarse frente a la mesa para garabatear signos, dejó en la calle sus ideas. En la tinta donde moja la pluma, toma las del periódico al cual sirve y con ellas garabatea. Un periodista de hoy es un hombre sin ideologías, como sin tierra era el mercenario antiguo. Este mercenario moderno, escribe para quien le pague, tal como el antiguo mercenario peleaba por quien le pagase. Su amo de hoy es su enemigo de mañana. No adjetivemos a tal clase de exhombres, hay que comer, la vida diaria es imperiosa y humillante; condenemos al régimen social que realiza tales cosas, califiquemos, sí, al periodismo contemporáneo, a ese "cuarto poder", inflado de suficiencia y que vive sólo de prostituirse. ¿Podría ser tan profundamente honrado, de tan recia sinceridad como Barrett, ponerse al servicio de esta entidad de la mentira y del chantage que es el periodismo contemporáneo? ¿Cómo medrar en él una alma

amasada con arcilla tan noble? No, Barrett no fué periodista. Fué un escritor que escribiera para los periódicos; y hasta aquí se distingue de los demás escritores que escriben para los periódicos: él no se atemperó, no se puso *a tono* del diario donde escribía. Detonó y desentonó en la murga de los diarios conservadores en los que publicara sus artículos. Pasma pensar que exibieran junto a su habitual prosa burocrática y gris, las líneas rebeldes y omnícromas de este artista único; periódicos tan burgueses como " La Razón" de Montevideo o el "Diario" de Buenos Aires.

Los periodistas se parecen a los gorriones; éstos, con vuelo bajo y en línea recta, sólo vuelan para buscar comida; y los periodistas sólo escriben para buscar qué comer. En esto sí que fué periodista Barrett: escribió para comer; más ¡qué vuelo de albatros el suyo! Los otros, los gorriones, se tiran a tierra para buscar desperdicios con qué hartarse, a él le bastaba muy poco, y ese poco se halla en las cumbres adonde voló escribiendo para hallar qué comer.

Algo más diferenciaba a Barrett de los plumíferos mercenarios de la prensa grande: este algo era su cultura. Él — como Cervantes — leería "cuanto papel le cayera en las manos", porque sólo así se explica que quien no cursara ninguna carrera oficial pudiese escribir sobre los más diversos temas y con amplio conocimiento. Llama la atención su cultura científica, tan poco habitual aún entre escritores de fuste. Y una última diferencia con el plumífero mercenario de la prensa capitalista: Barrett engrandece el tema más pequeño; y ya se sabe lo que hace el periodista vulgar: empequeñece el tema más grande. El acontecimiento común, el más fútil, eso de todos los días que bajo otra pluma fuera una crónica policial, cobra importancia bajo la suya y, de razonamiento en razonamiento, eso que, pudo ser una fugaz crónica, llega a la categoría de artículo. Barrett coge un punto — un hecho cotidiano — y lo desenvuelve hasta hacerlo esa curva armoniosa que es una espiral. Porque el hecho transitorio, no es más que el trampolín de su mente ágil: pega en él y salta, y tan alto, que nos da la sensación de que volase. El periodista común realiza lo inverso: él está ahí, asalariado para servir a los intereses de un amo, exponente de una clase, y si se le paga es porque su habilidad — ¡no su inteligencia, no! porque la inteligencia si se desprende de la sinceridad deja de serlo — porque su habilidad consiste en la adulteración y la mentira: en darle importancia a lo que no la tiene, inflar lo vacuo, dedicarle una carilla del diario a la muerte de un exministro, por ejemplo; y mutilar lo sólido: decir en cuatro líneas que acaba de morir un ruso llamado Kropotkin.

Hasta los escritores metidos a periodistas, hacen el efecto de escultores modelando en nieve. Pues, en las manos de Barret, se opera un milagro entonces. A él se le da la nieve: un hecho de todos los días; y él, de eso que pudiera ser una noticia policiaca, hace un artículo que no morirá, denso y hermoso, cargado de pensamiento novísimo y de imágenes originalísimas: En sus manos, la nieve perecedera se transformó en mármol de estatua.

*

¿Cómo y por qué pudo operarse tal milagro? La respuesta nos la dará el análisis del hombre que había en Barrett. ¡Qué ciclópea contextura moral la de este hombrecillo enfermucho, prematuramente envejecido! ¡Qué valor el suyo, valor de dar no de quitar la vida! ¡Qué temple el de esa alma incansable para jugarse en bien de su prójimo! He aquí una anécdota, por la cual un coronel paraguayo, no dudó en proclamar a Barrett "el hombre más valiente que yo haya conocido": En uno de los tantos motines que, bajo el nombre de revolución, ensangrientan al Paraguay; se peleaba en las calles. Los muertos y los heridos quedaban allí, abandonados, los de la Asistencia Pública desaparecidos. Un hombre entonces, Barrett, procurándose un coche de plaza, exponiendo conscientemente su vida, fué de muerto en herido, recogiéndolos y auxiliándolos. ¿No era este hombre que luchaba por la vida el más valiente de cuantos se hallaban allí en aquel momento? Del hombre Barrett, se puede decir que fué una conciencia con figura humana: él jamás calló cuando debía hablar y si habló fué para arrojarles verdad al rostro de los opresores. Nunca hizo equilibrios sobre el alambre de las conveniencias, nunca se ocultó oportunamente. Se echó a jugarse, en todo momento, generosamente; y sufrió miseria y cayó devorado por la tubercolosis. ¡Bah! ¡Al cabo, no importa el tiempo!, los hombres así triunfan siempre; de generación en generación, su voz cobra más sonoro timbre. Y aquí estamos nosotros, los que cuando él actuó éramos niños todavía; y que ya hombres, al hallarnos de pronto con él, en cualquier encrucijada de nuestras lecturas, nos sentimos estremecer y, conmovidos, lo proclamamos Maestro y nos tornamos en eco vibrante de sus enseñanzas. Otra anécdota: Barrett en el Paraguay vivía de un empleíllo. Un día se le ocurrió visitar los yerbales, vió allí el martirio a que se sometía al indio trabajador y escribió ese folleto espantoso, sangrante documento de la crueldad humana: *Lo que son los Yerbales*. ¿Sabía él a lo que se exponía al escribirlo? Sí; pero o quedaba en paz con su conciencia y lo escribía o conformaba su estómago y callaba. Habló por su conciencia y fué expulsado del empleíllo con el que sustentaba hijo y mujer. Quedó en la calle, a vivir de su pluma. ¡Y vaya a vivir en el periodismo mercenario de una pluma sincera y valiente! Hombres hay incompatibles con el éxito, el gran corruptor de intelectuales. A Barrett no le alcanzaron ni el éxito ni el oro del mundo, como no alcanza a un astro el polvo del suelo. Fué un artista sin liga de artífice, eso es todo. Me explicaré: "artista — no recuerdo a quien pertenece la definición — es el que a través de su obra, deja ver al hombre. El artífice, no". En el artífice su obra es algo así como una careta. Barrett pudo hacer suyos los versos de Almafuerte: "Que otros vivan la ley que es la mentira. Yo vivo los impulsos que es lo cierto". En él, palabras y actos hablan al unísono, vale decir, transforma en actos lo que antes escribiera. ¿Y cuál es más artista, el que pone sus sentimientos en verso o el que los hace acciones? ¿Sócrates que no escribió una línea; pero murió por su verdad; no es más artista que Platón escribiendo esta verdad con admirable estilo? Pena da pensar que a un artista de la talla de Barrett, no se le haya estudiado y difundido como lo merece. Hace poco, la revista literaturesca "Nosotros", realizó una serie de preguntas entre "la juventud argentina". Una de ellas era a cuál de los escritores locales consideraban como Maestro. Contestaron dos o tres docenas de jóvenes. ¡Ninguno citó a Barrett! ¿Cuáles eran sus Maestros? ¡Nombraban a cada fósil! La cosa era para exclamar: ¡Pobre juventud argentina! Mas consolémonos: la juventud argentina, la briosa de ideas, no se halla entre los que garrapatean papel.

Por lo general, los contemporáneos de un gran artista, se hallan dispuestos a dispensarles elogios ditirámbicos, discursos a granel, palabras en profusión y, ¡cuántas veces!, el gran artista preferiría que, en vez de tanta loa se le diera con qué vivir modestamente para emplear su precioso tiempo sólo en la creación. Lo ven en la miseria tal vez y, en lugar de un mendrugo, le alargan un laurel. Es más barato. Con Barrett no ocurrió esto; no se le dió ni laurel ni mendrugo. Decía demasiado y, aunque se esforzaba en hablar para todos, hablaba desde muy alto para que todos lo oyeran. Rodó fué una excepción: al día siguiente de aparecer las primeras "Moralidades Actuales" en "La Razón" de Montevideo, firmadas R. B., se presentó a preguntar quién era el que las escribía. Buen catador, había comprendido que eso tan eximio no era de la casa. En la redacción del periódico, se le dieron explicaciones muy vagas, nadie lo conocía bien, quizás admirados de que el escritor al que tenían por el más grande estilista de la lengua, se interesase por el autor casi anónimo de esos articulejos.

Sus contemporáneos lo ignoraron. ¡Bah! ¿A qué grande en verdad grande no ignoran sus contemporáneos? La palabra de acero de Barrett aun sigue abriendo surcos: Aquí, en Buenos Aires, no hay diario o revista obreros donde sistemáticamente no se reproduzca algo de él. Como a todos los grandes, le aguarda la gloria póstuma. ¿Gloria póstuma? ¡Ah, rasgo de humorista bribón que ofrece un aperitivo al cadáver de uno que se murió de hambre!

*

De los nueve libros que dejó, se deduce que Barrett fué articulista, conferencista, crítico, panfletista y cuentista. Examinémosle en cada una de esas facetas. El análisis que algunos críticos hacen de la obra de un artista, se parece a ésta, como la maquinaria de un reloj desarmado al mismo reloj en movimiento. Barrett es quien menos se presta a tal clase de crítica: es un escritor dinámico y orgánico. Su obra se propone un fin; para estudiarla, hay que verla, pues, tal como se produjo, en movimiento. A nadie se le ocurriría conocer un río llevando una copa de su agua, a estudiarla en el laboratorio. A Barrett, escritor dinámico, cuya obra es un río caudaloso que corre hacia la verdad, como al océano el río; hay que verle en movimiento para poder apreciarlo. Más aún: Barrett es orgánico, su obra, aunque producida en pequeños artículos, en cuentos breves, va a un fin y por ir a este fin, es una. No cabe en él eso de ortos autores sin estructura, los que de uno a otro libro son tan diversos que podrían parecer otros. Barrett era demasiado sincero para que tal cosa le ocurriera: en su página más breve, hecha sobre el tema más fugaz; está todo él, su cuerpo transido de compasión para el dolor humano, su espíritu iluminado de optimismo por la redención definitiva de esa humanidad desventurada. Por eso su obra escapará al análisis minucioso de los críticos que, escalpelo en mano, creen conocer a un autor porque han disecado una de sus páginas. La anatomía de las formas nunca dará razón de su obra artística. Eso es pedir un porqué a un cadáver; tales críticos no ven que el espíritu, la vida del autor se les ha escapado. A Barret, gran sintético, hay que apreciarlo en conjunto, con un golpe de síntesis; y este es el mayor elogio que se pueda hacer de él. Sus libros son miembros y órganos de un todo que se mueve, habla, grita, llora, ruge, canta... Esto quiero decir que su obra es dinámica y orgánica, tiene vida. Raro es el escritor que resista así a una apreciación del conjunto. Un proverbio árabe dice: "Si conoces una línea de un autor, no quieras conocer una página; si conoces una página, no quieras conocer un libro; si conoces un libro, no quieras conocer su obra completa; y si conoces su obra completa, no quieras conocer al autor". Con Barrett no reza esto. Conocida una línea de él, ansiamos conocer la obra y el autor; los conocemos, y nuestra admiración se acrecienta. Este autor gana cuanto más se conoce su vida. El amor que ésta, por valiente y honrada, nos despierta, muévenos a admirar más su obra, honrada y valiente. Tal suma de vida hay en cada página de ella que se puede hacer una prueba a la que pocos autores resisten: Se puede leerla en medio de la vida. A Barrett puede leérselo en el tranvía o en la calle. Pronto se apodera de su lector con su estilo ágil y su espíritu magnético y lo obliga a meterse en sus letras por las que corren color y sonido vitales. ¿Puede exponerse a tal prueba a otros escritores más perfectos, sí, pero más literatos, más de biblioteca?

(*Continuará*)

Informe oficial del segundo congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores

Celebrado en Amsterdam del 21 al 27 de Marzo de 1925

(*Continuación*)

Santillán inicia la discusión. Admira el esfuerzo de Schapiro en la confección de una obra maestra de perfección como la relativa a la propaganda y a la solidaridad internacional, pero al leerla ha recordado las utopías de Wells donde se describen aparatos perfectísimos para subir a la luna. La resolución Schapiro tiene muchos buenos aspectos, solo que tiene un defecto primordial; el de ser irrealizable. La situación internacional no permite contar con medios materiales suficientes para el desenvolvimiento cómodo de una amplia propaganda y de una vasta solidaridad material en el terreno internacional. Si se pasa revista al estado de nuestras organizaciones, se verá que aparte de Suecia y de la Argentina, y por razones diversas, en ningún otro país es justo recargar más el esfuerzo para sostener la propaganda nacional misma. En México, que él representa, existe un gobierno socialista que dirige una reacción brutal contra nuestros camaradas y que emplea medios demagógicos tan refinados que con razón podemos hablar de ese país como de una segunda Rusia. Con España y con Italia no hay que contar por algunos años al menos. Es un error creer que el dinero puede salvar una de nuestras organizaciones. Nuestras organizaciones son al mismo tiempo movimientos sociales, y esos ni se destruyen ni se construyen en un instante. Aunque pudiéramos reunir 50.000 dólares al año para fines de solidaridad, nada significaríamos frente a la Internacional amsterdamiana ni a la Internacional sindical roja, que dispone de los fondos del Estado ruso. Una prueba de que el dinero no puede crear ni sostener un movimiento nos la da la I. S. R., que ha empleado sumas enormes en todas las regiones del mundo y sólo ha conseguido llegar al trance de su disolución o de su unificación con los reformistas de Amsterdam. ¿Qué resultados ha tenido la tentativa de conquista de la América latina? Ninguno. La propaganda internacional podrá ser sólida sólo si se fundamenta en una buena propaganda nacional. Si tenemos fuertes organizaciones nacionales, entonces tendremos también la posibilidad de una gran propaganda internacional. Más bien que aceptar el aumento de la cuota, es partidario de la limitación de los gastos, a fin de no recargar el presupuesto de las organizaciones adherentes, que atraviesan una hora terrible de reacción y de desaliento. Pues ¿qué significación tendría la instauración de un aparato internacional de propaganda si carecemos de la base nacional de ese aparato?

Díaz. — La fuerza de la propaganda y de la acción internacional no está en el secretariado ni en la comisión administrativa, sino en los obreros organizados y en las organizaciones de los diversos países. Argentina no ha eludido nunca los deberes de la solidaridad internacional, moral y material.

Pero los camaradas de ese país son adversarios de las grandes cajas, de la conservación de grandes sumas, que corrompen a quienes las administran, como se ha visto en el movimiento obrero reformista. Los compañeros de la Argentina están siempre dispuestos a manifestarse solidarios sin exigir cuenta del dinero enviado al extranjero; se contentan con saber que ha sido empleado en fines de propaganda. Además, en la F. O. R. A. no existe el sistema de la cotización tan rígido como en algunos países de Europa. De sus 60.000 miembros, aproximadamente, apenas cotizan 20.000, por término medio. Esa especie de cotización irregular es considerada por algunos como confusa y defectuosa, pero el movimiento obrero de la Argentina no ha crecido, sin embargo, de los medios para desenvolver una vasta propaganda; cuenta con un cotidiano y con más de 20 diversos periódicos de propaganda y gremiales que defienden los principios de la F. O. R. A. Además, se mantienen constantemente abiertas suscripciones a favor de los presos y perseguidos de Italia, de España y de Rusia. Pero no puede aprobarse la resolución Schapiro; es partidario de que se limiten las funciones del Bureau y del secretariado y de que se emprenda la propaganda internacional con un poco más de sacrificio personal, como se hace en las organizaciones nacionales. Una ojeada al informe financiero revela que hubieran podido reducirse ciertos gastos, sin inconveniente alguno. Por otra parte, la resolución Schapiro choca con el espíritu federalista de la A. I. T.

Kater. Ya en el primer congreso de la A. I. T. se habló de un fondo de solidaridad internacional. Se aprobó una resolución que sólo fué tenida en cuenta por muy pocos países. Si revisamos el informe financiero observamos que Suecia, Noruega y Alemania han cumplido sus deberes y las otras organizaciones no lo han hecho, al menos en la misma medida. Si la F. A. U. D. no pudo pagar en todo el tiempo como hubiera querido, hay que atribuirlo a la situación extraordinaria en que se encontró el país. La inflación fué un grave golpe para el movimiento revolucionario, y si se hubiera ejercido la solidaridad, no por algunas organizaciones solamente, sino por todas, el sindicalismo revolucionario en Alemania estaría hoy en mejor situación.

Los fugitivos de la reacción internacional deben ser socorridos. Los argentinos se han esforzado en ese sentido, pero si comparamos las cifras encontramos que la F. A. U. D. ha pagado a la A. I. T. en el pasado período 4.517 marcos y la F. O. R. A. sólo 400. Y sin embargo las condiciones son mucho mejores en Argentina que en Alemania. En una asociación internacional existen los mismos derechos, pero también existen los mismos deberes. El secretariado debe tener la posibilidad de realizar su trabajo. Debemos influir moralmente en nuestros miembros, estimularlos a ser hombres de acción. En Alemania la F. A. U. D. ha editado timbres para la A. I. T. Sólo son unos peniques los que tiene que pagar cada miembro, pero sin embargo la suma total da una buena contribución. El orador se manifiesta por la conservación de la cuota existente, pero por su cumplimiento regular.

Lansink declara en nombre de la delegación holandesa que está de acuerdo con la resolución de Schapiro. No tiene nada que agregar a las manifestaciones de Kater.

Carbó, España, se declara por la resolución Schapiro. Causa una gran impresión en las masas obreras cuando los camaradas víctimas de la reacción son socorridos por la solidaridad internacional. Contra Díaz quiere hacer resaltar que no debe, naturalmente, exigirse ninguna disciplina de cuartel, sino una autodisciplina. El anarquismo es autodominación. Pronuncia algunas palabras sobre la Argentina.

Como hay aún gran número de oradores inscriptos, se hace y se aprueba la resolución de limitarse a 10 minutos cada uno.

Jensen. Habla en nombre de las organizaciones escandinavas en favor de la resolución de Schapiro. Como respuesta a las expresiones de los camaradas argentinos, quiere observar que, ciertamente, las fuertes organizaciones nacionales son la condición de la existencia de la A. I. T. misma. Por otra parte la A. I. T. debe extender su propaganda a los países donde no está representada aún. La misión de la A. I. T. no debe consistir simplemente en celebrar cada dos años un congreso para pronunciar hermosos discursos, sino en extender la propaganda y ejercer la solidaridad. El orador da una reseña de la propaganda en Suecia. En 1924 la S. A. C. ha gastado para la propaganda 260.000 coronas. Y por eso mismo, porque la S. A. C. gasta tanto en la propaganda nacional, conoce también la necesidad de la propaganda internacional. Si a la larga unas organizaciones cumplen su deber y otras no, las primeras se resentirán necesariamente y obrarán en consecuencia. En Dinamarca había hace algunos años un movimiento sindicalista bastante prometedor, con un diario por órgano. La organización sueca puso a disposición de ese movimiento cinco mil coronas, pero eso no fué suficiente para mantener el cotidiano, una parte de los miembros se dirigieron a Moscú y así se convirtió el movimiento en un botín de Moscú, hasta que no quedó de él más que un montón de ruinas. Con ese ejemplo el orador quiere hacer ver lo necesaria que es la solidaridad internacional. Acepta la resolución Schapiro, pero propone que sea presentada al examen de las organizaciones nacionales adherentes.

Souchy advierte que ya en la conferencia de Insbruck se discutió el problema de las contribuciones y de la solidaridad. Se tuvo presente el asunto de las secciones latinas, en especial de América. Se resolvió editar timbres de propaganda y de solidaridad. Por desgracia las secciones para quienes habían sido destinados esos timbres, hicieron muy poco uso de ellos. Los compañeros de Argentina deben hacer sus proposiciones sobre cómo realizará su labor el secretariado de la A. I. T., cómo puede ejercerse rápidamente la solidaridad en casos de urgencia sin crear un fondo internacional para ese fin. El orador recuerda a los mineros de Alemania. La A. I. T., se dirigió en ocasión de la huelga minera al proletariado internacional, cosa que no halló eco alguno. Los comunistas, al contrario, socorrieron a los huelguistas materialmente y aun cuando esos socorros no eran grandes, fueron suficientes para obtener un éxito moral. Lo mismo ocurrió con el accidente en la mina Stein de Westfalia, donde perecieron unos 100 mineros. Los moscovitas enviaron inmediatamente su pequeña contribución y supieron hacer con ello propaganda para el partido comunista. Actualmente están en huelga unos 700 obreros de la construcción, organizados autónomamente y que están en relaciones con la A. I. T., pero todavía no se han adherido. Esos camaradas se dirigieron a nuestra sección holandesa en demanda de auxilio. Durante la huelga metalúrgica de Noruega nuestra sección sueca apoyó materialmente a los huelguistas de una manera amplia. Vemos, pues, que nuestros compañeros ejercen la solidaridad internacional en casi todos los países. Como tenemos una A. I. T., el prestigio de ella aumentaría si las acciones solidarias se hicieran por intermedio suyo. Además tenemos los fugitivos, perseguidos de país a país, con frecuencia y que no tienen otro remedio que recurrir a la solidaridad internacional.

Silva Campos, Portugal, no tiene nada que objetar a la resolución Schapiro, pero es contrario a la centralización por el bureau del fondo de solidaridad internacional. En Portugal la C. G. T., tiene un fondo parecido permanente, que administra el consejo confederal. Por lo demás, como desea que la A. I. T. realice una propaganda internacional regular, desea también una cotización regular a la A. I. T.

Santillán hace uso de la palabra para rechazar los ataques dirigidos más o menos indirectamente contra la F. O. R. A y contra las organizaciones latino-americanos. Lamenta que se les quiera presentar como una especie de soñadores, de románticos que viven fuera de la realidad y que sólo entienden la solidaridad de un modo sentimental. Se presenta el ejemplo de Suecia como algo que debe imitarse. Somos los primeros en reconocer lo mucho que nuestros camaradas de ese país han hecho por la vida de la A. I. T. y por nuestro movimiento en Suecia misma. Pero si una comisión que se encargara de examinar los detalles comprobara que la organización sueca ha empleado más dinero en el año transcurrido para la propaganda nacional e internacional y para la solidaridad nacional e internacional que la F. O. R. A., y con ella el movimiento anarquista de la Argentina que actúa en su medio emplea solo para atender sus presos en los años pacíficos, como el pasado, de 60 a 70 mil pesos; en los años de agitación y de hechos revolucionarios, como los vividos desde 1918 a 1924, las cifras han pasado de 100.000 pesos anuales. En 1923, nuestro comité pro presos de Buenos Aires atendió a 3100 presos. Como se ve por esas cifras, que pueden ser comprobadas hasta el último centavo, no entendemos la solidaridad superficialmente, sino que podemos dar un ejemplo a los camaradas de los otros países de cómo se atiende a las víctimas de la justicia de clase. Kater se ha referido a la situación alemana que impidió un mayor apoyo material a la A. I. T., por parte de la F. A. U. D. Es verdad, pero también es verdad que el nivel material de los trabajadores es hoy mismo, en Alemania, superior al de los trabajadores de América. Por lo que se refiere al fondo internacional de solidaridad hay que advertir que en la Argentina, que aparte de sus propios presos, numerosísimos, no se olvida un solo instante los camaradas presos en Italia y en

España, hay ya sus tradiciones y no podemos romperlas caprichosamente; sería incomprensible el querer pretender que los socorros materiales que se vienen enviando a Italia y a España, por ejemplo, desde hace 40 o 50 años, se envíen en lo sucesivo a Berlín, para que desde aquí se distribuyan. Tampoco puede comprenderse que la propaganda internacional que la F. O. R. A. realiza en América, se haga desde Berlín o desde Tokio, donde no se conocen las condiciones de aquellos países. Es lo mismo que si algún día llevásemos nosotros el secretariado de la A. I. T. a alguno de los países americanos y pretendiéramos que todo lo referente a la propaganda y a la solidaridad internacional pasara por nuestras manos. ¿Estarían dispuestos los camaradas de Europa a ceder? La A. I. T., por otra parte, tiene un sello puramente europeo y nosotros no transigiremos nunca con poner en sus manos una propaganda que nosotros juzgamos primordial y que la A. I. T., no parece haber comprendido. La F. O. R. A., tiene la misión de llevar las ideas revolucionarias al resto de los países de América, a una población de cien millones de habitantes. Con ese fin ha editado ya un número especial de *La Organización Obrera*, de 128 páginas, que ha costado unos 2000 pesos. En estos momentos se planea una jira internacional, que sufragará la F. O. R. A. y es seguro que después de esa jira ingresarán en la A. I. T., siete u ocho nuevos países en donde el moviviento antiautoritario comienza a desarrollarse. Todo exige gastos y para todo eso no pedimos que nos ayuden las organizaciones de Europa, pero tampoco éstas pueden exigir a las de América que contribuyan al sostenimiento de la A. I. T., en la forma directa que puede hacerlo Suecia, sobre cuya organización no pesa el deber de extender las ideas de la revolución social por un territorio diez veces mayor que Europa entera.

El orador polemiza con Carbó, que dijo que si la situación de la Argentina se debe a las anarquistas, sería mejor que esas ideas desaparecieran del movimiento obrero. Sostiene en cambio que la actual situación de la Confederación española, se debe mucho más a la ausencia de espíritu anarquista en sus dirigentes que a la dictadura de Primo de Rivera. La reacción no es una causa suficiente para no cotizar a la A. I. T.; una reacción de las más brutales existe en América también y eso no mata el movimiento. Si en Europa se conociera un poco la situación en México, no habría valor para reclamar de la C. G. T., que satisfaga puntualmente sus cotizaciones a la Internacional, como no lo hay para reclamar que hagan lo mismo los anarcosindicalistas rusos, pues se sabe lo que en Rusia sucede. Si a pesar de la reacción nuestro movimiento en América persiste y se desarrolla, no se debe a que la reacción es más débil, sino al hecho de que nuestras organizaciones han sabido presentar un frente de batalla más indestructible del que presentaron en Rusia los anarco-sindicalistas. Cree oportuno añadir que el fascismo apareció en la Argentina con Carlés antes que en Italia; la diferencia está en que el movimiento revolucionario de la Argentina tuvo la buena idea de impedir con todos los medios que ese movimiento se desarrollase. Finalmente dice que no solo no podrán aceptar las organizaciones de América la resolución de Schapiro, sino que la cuota hoy mismo establecida no podrá ser satisfecha, pues de lo contrario habría que sacrificar labores como la de la jira internacional de propaganda por América, que puede tener más trascendencia que el hecho de cortar los cabellos en cuatro en polémicas sobre lo que dice Losovsky y lo que hace cualquier otro personaje, cuyos nombres y cuyos propósitos no representan nada al otro lado del océano.

Se levanta la sesión.

ESBOZO DE HISTORIA DE LAS UTOPIAS

VI Y ULTIMO

Llego al período de la utopía de antes de la guerra, período que me parece característico sobre todo por las numerosas publicaciones utópicas de H. G. Wells.

Este hombre de gran talento ha escrito más utopías que cualquier otro, excepto Jules Verne, a quien no se tomó en serio. Wells supo imponerse al público por su fantasía unida a capacidades sociológicas que se respetó. Pero abusó de la pobre utopía que había formado su reputación, escribiendo otra y otra más, y escribe aún, de suerte que hace de ellas un objeto de comercio para él y un juego ocioso para el público que lee los libros de Wells como se jugaba en otro tiempo con un caleidoscopio. Se encuentra otra versión en cada nuevo libro de Wells. La utopía es demasiado buena para eso y hasta entonces fué el medio por el cual en los tiempos más sombríos hallaba una voz la fantasía individual para hacerse oír. El utopista, como el hombre honesto, no tiene más que una voz: lo más a menudo no hace su confesión al público más que una vez, mediante su utopía, y después explica, continúa su idea, o se retira, pierde la fe algunas ocasiones, hace todo — salvo escribir nuevas utopías. Porque las utopías están a menudo escritas, como se dice, con sangre del corazón y han sido precedidas — si valen algo — por un trabajo de pensamiento, de idea, que establece su fondo, después de lo cual se juzgó conveniente engalanar la idea con el cuadro fantástico, para hacerla atractiva al público. Ese era, como han mostrado los capítulos anteriores, un hábito antiguo y serio respetado hasta Wells. Bellamy escribió su primero, su segundo libro y cien artículos explicativos; después se retira y muere. Wells escribe una nueva utopía casi todos los años — es la utopía comercializada, pagada, explotada—explotada ella que por tantas inspiraciones generosas trataba de poner fin a la explotación y de hacer al mundo libre y bello. Ese procedimiento corresponde a la mentalidad en descenso de los años antes de la guerra que vieron la comercialización y el embrutecimiento y que debían culminar en la gran catástrofe. He recorrido las utopías más absurdas si se quiere, pero que conservan el respeto que se tiene por la tenacidad de un hombre de buena fe, por tonto que sea; pero no encontré nunca placer en seguir la imaginación muy inteligente, pero absolutamente versátil, sin espina dorsal, de H. G. Wells, que, por brillante autor que sea, ha rebajado el género utópico a la vulgaridad comercial de nuestra época.

Paralelamente, los elementos constitutivos de la utopía no han escapado a una voltereta semejante. Se ha realizado en una proporción inaudita las invenciones soñadas por los utopistas; los hombres vuelan, y nadan bajo el mar, hablan y escuchan a distancia; están en víspera de transmitir la fuerza a distancia, de manera como para dar una acción casi animada a las máquinas y a los autómatas a distancia, han explotado los últimos rincones del globo, saben poner a raya las enfermedades, mecanizar la producción de víveres, tienen el medio de hablarse mundialmente mediante el radio,

de verse maravillosamente por el cinema, de envenenarse recíprocamente con los gases asfixiantes, si no se envenenan bastante con los cotidianos. ¿Y para qué sirve eso? Todo eso está exclusivamente al servicio del establecimiento de la tiranía capitalista absoluta y de la destrucción recíproca que conviene a los amos económicos del globo y a los conquistadores nacionalistas que son en el fondo sus instrumentos, pero que agregan todo el mal que pueden por su propia cuenta. Todo sirve para perfeccionar el militarismo, para extender la posesión del capitalismo a los últimos rincones, a los últimos recursos naturales del globo; todo está dispuesto con el fin de controlar las riquezas naturales de la tierra en interés de los parásitos y de sus acólitos, y la masa continúa su rol de "servidumbre voluntaria". La ciencia se prostituye al capitalismo y al militarismo, no trabaja más que para acrecentar su potencia de dominación y de destrucción. Y el arte, la inteligencia, ¿qué hacen? Irresistiblemente todo va a la deriva, todo acaba en el cinema, en el radio, todo pasa, todo no sirve más que para embrutecer a la masa esclava. Por tanto, ¿de dónde vendría el interés por el progreso, por los descubrimientos, por las invenciones, por el pensamiento? Cualquiera que sea el descubrimiento, la realización de un ideal considerado utópico, se sabe que mañana será un arma más de destrucción, que será vulgarizada en el sentido comercial hasta estar madura para el cinema y el radio, a donde pasa todo, absolutamente todo. La propaganda avanzada frente a todo eso es tímida, modesta, débil y no parece siquiera percatarse de la caída terrible del mundo moderno.

Hasta una realización que habría podido ser grandiosa, la del socialismo triunfante en la inmensa Rusia — utopía entre las utopías, apenas soñada por los más atrevidos — ¿en qué se convirtió? Ese inmenso país, parte integral de dos continentes, disponiendo de riquezas naturales y de espacio libre para bastarse a sí mismo y a una gran parte de la población del globo, habría podido convertirse en el laboratorio social común en donde todas las ideas de la *teoría* (hipótesis) y de la *utopía social* (otra hipótesis) habrían podido ser examinadas y puestas en prueba con los medios y en las proporciones necesarias; los socialistas y anarquistas del mundo habrían acudido allí para vivir en grupos armoniosos y observar por la evolución de cada matiz, el valor relativo de sus concepciones sociales. De todo eso nada se realizó; los fanáticos de una sola hipótesis o utopía, la concepción marxista, han erigido su monopolio absoluto y se constituyen en amos del país y en enemigos encarnizados, y en caso de necesidad en carceleros y en verdugos de cualquier otra concepción socialista o anarquista y de sus representantes. A la autoridad, al monopolio capitalista oponen, no la libertad y la dicha para todos, sino su propio monopolio tan estrecho y feroz. Entonces, por contagio, en ninguna parte prospera la libertad y los pueblos han visto desvanecerse la dicha, la esperanza, para quién sabe cuánto tiempo.

Este período posee aún utopistas en su principio, pero más tarde nacen las utopías del escepticismo y de la desesperación. Sin embargo, para no prejuzgar la cuestión, quiero hablar, como hasta aquí, de los diferentes grupos de utopías de la época de Wells, de la guerra y de la decadencia actual, en tanto que me son conocidas más o menos; porque la posibilidad de ponerme al corriente de ellas se restringió para mí desde 1914 y no se volverá a presentar más.

H. G. Wells, nació en 1866, autor de escritos de fantasía bizarra, como *El hombre invisible;* entra en el terreno de las utopías con *The Time Machine*... (La máquina del tiempo...), 1894; tiene *La Guerra de los mundos*, 1898; *Los primeros hombres en la luna*, 1901; *Mankind in Making* (La humanidad en evolución), 1903; *Anticipaciones de la reacción del progreso mecánico y científico sobre la vida y el pensamiento humanos*, 1904; *The Food of the Gods*... (El alimento de los dioses y cómo llegó a la tierra), 1904; *Una utopía moderna*, 1905; *En los días del cometa*, 1906; *La guerra de los aires*, 1908; *The World set Free* (El mundo libertado) — y otras más sin duda. Hacia fines del siglo pasado Wells ingresó en la Fabián Society, medio tan habitual y penetrado intelectualmente por Bernard Shaw y Sidney Webb, al cual no se asimiló nunca. Queda siempre apegado a un socialismo al cual él, constructor de tantos matices y concepciones socialistas diversas, no sabe imprimir una originalidad. Remueve hábilmente las ideas, pero no se sabe cuáles son verdaderamente las suyas: se priva así de la influencia que su talento habría podido asegurarle.

Muy distinto me parece ser Bertrand Russell que, sin adoptar una forma utópica, en sus *Prospects of Industrial Civilisation* (El porvenir de civilización), 1923, ha estudiado sin embargo el porvenir sobre la base del presente y del pasado, y tales previsiones, por apoyadas que estén sobre materiales y conclusiones lógicas, tienen necesariamente el sello de la utopía. Las he comparado a las visiones movidas del porvenir que el anarquista Ernest Coeurderoy ha presentado en el libro que lleva el título *Hurrah!!! ou la Revolution par les Cosaques*, 1854, y es sobre ese terreno como debería comenzar el estudio libertario, verificando las hipótesis de Russel y penetrando esas investigaciones con el espíritu de libertad que Russel, extraviado por las orgias autoritarias de estos años, tiene poco en cuenta. Aquí la previsión utópica, el estudio serio de los hechos y posibilidades de la evolución, y la orgullosa confianza en la libertad deberían reunirse para producir un estudio libertario sobresaliente sobre el desenlace de la situación presente y sobre el porvenir próximo.

En un tiempo en que el sindicalismo francés, que se elevó hacia 1905 bajo la inspiración de Fernand Pelloutier, disponía ya de una larga experiencia, uno de sus coautores más íntimos, Emille Pouget, en otro tiempo redactor del famoso *Père Peinard* (1889-94), etc., con Emile Pataud, que gozaba sobre todo de un prestigio personal, hizo aparecer *Cómo haremos la revolución* (París, VIII, 298 páginas, noviembre de 1909, libro que apareció en segunda edición con prefacio de Kropotkin, 1911, en las ediciones de *La Guerre Sociale*, XVIII, 298 págs.; traducción inglesa, Oxford, 1913; — traducción rusa, Petersburgo-Moscú, 1920, en *Golos Truda*, con una nueva introducción de Kropotkin, fechada en junio de 1920, que es, pues, su última palabra sobre una utopía, la del sindicalismo revolucionario; estimaba mucho ese libro y la inteligencia de Pouget. De Pataud existe aún un número de la *Assiette au beurre*, París, ilustrado con grabados sociales pintorescos; *Le Grand Soir* (número 475, 7 de mayo de 1910), el momento de la revolución.

Se comparará ese libro con la utopía netamente anarquista comunista de Sebastián Faure, *La Bonheur universal;* traducción *Mi Comunismo* (*La Felicidad universal*), Buenos Aires, Editorial LA PROTESTA, 1922, 434 págs. — Las ideas constructivas aplicadas a un país que físicamente, históricamente y por su posición geográfica difiere enormemente de Francia, como la Argentina, producen hipótesis utópicas diferentes, como las de los escritos utópicos bien atendidos de Pierre Quiroule: *Sobre la ruta de la anarquía, novela libertaria*, Buenos Aires, 1912, escrita en 1909, 120 páginas; *La ciudad anarquista americana*, 1914, editada por LA PROTESTA, 283 páginas, con un plano, y *En la soñada tierra del ideal*, abril de 1924, 76 págs. — Nada es más útil en utopías que su localización, su adaptación a cada país, porque tanto como seamos internacionalistas en ideas y sentimiento, igualmente seremos siempre hijos del medio ambiente para las formas y matices de las aplicaciones prácticas. La utopía que combina el ideal y la práctica, será verdaderamente *u-tópica* — sin lugar —, si quiere sólo agradar e inspirar; será adaptada al medio si aspira al éxito supremo que una utopía pueda esperar, a la realización.

El tipo de una utopía de ninguna parte, hermosa e inspiradora, pero no real, es *Les Pacifiques* de Han Ryner (Henri Ner), publicada en 1914 algunas semanas antes de la guerra, entreviendo la anarquía integral de una edad lejana en el terreno clásico de gran número de escritos imaginarios después de Platon, la Atlántida.

Las realizaciones utópicas de estos últimos veinte años se han hecho, en cuanto a las tentativas anarquistas, en dimensiones tan pequeñas que la experiencia adquirida no es de un carácter económico, sino sobre todo de orden psicológico. Sin embargo, algunos ensayos de colonización libre sin producción en común, hechos en los alrededores de New York, han triunfado hasta en el sentido práctico. Una pieza teatral de Lucien Descaves, llevada a la escena en París en 1903, representando la vida íntima de una colonia, dió un cierto impulso; hubo pronto la *Clairière* en Vaux, cerca de Chateau Thierry (Aisne), mas tarde *Aiglemont* en las Ardennes; se habló de *un medio libre* (el término adoptado a menudo desde 1902) en Provenza, de una *Ruche africaine* en Túnez, 1912, etc. y hubo una diversidad de esfuerzos, asociados con los nombres de un hermano de Emile Henry, de G. Butand (siempre en Barcon) y otros; todo se hizo en una escala muy pequeña. Las revistas y los periódicos de E. Armand desde 1901, — *L'Ere nouvelle*, *hors du troupeau*, los *Refractaires*, *l'endehors* de 1922, que aparece todavía en Orleans, contienen abundantes informaciones sobre todos esos grupos experimentales en Francia y casi en todas partes, porque existen ahora hombres que se han separado claramente de la sociedad actual, para quienes es una verdadera necesidad vivir entre camaradas libres y que saben siempre crear un tal medio, libre, por restringidos que sean sus recursos. Aparte de tales grupos en Francia, en toda América, en Alemania, etc., hubo sobre todo en Holanda la colonia *Blaricum*, y también un poco en Bélgica. Los antiguos escritos de Frederich von Eeden, los de T. Luitjes, de Félix Ortt, los periódicos *Vrede* (La paz) y *De Pionier*, a partir de 1898 y de 1903, están al comienzo de esas experimentaciones holandesas; *Der Genossenschaftspionier* (El precursor de las asociaciones), alemán, y *Die neue Gemeinschaft* (1900-02) de que formó parte Landauer, testimonian algunos esfuerzos alemanes. Landauer publicó entonces, en 1901, su ensayo *Durch Absonderung zur Gemeinschaft*, tendiente a propagar una comunión de los que se separan de la sociedad burguesa. Hay esfuerzos más recientes de Nicolai Sheierman, ruso, autor de *A Vision of the New Living Life*... (Una visión de la nueva vida viviente) que prepara la *Fraternidad internacional del servicio del amor en la libertad*, 1923. — Se da uno más o menos cuenta de que las dimensiones y medios de esas empresas apenas les permiten vegetar y no constituyen ciertamente palancas económicas para quebrantar el sistema capitalista, sino que hombres y mujeres y niños libres en espíritu, desprendidos de prejuicios y habituados a la solidaridad práctica se crean así, chispas esparcidas de la gran luz futura y que pueden iluminar ya un poco las tinieblas a su alrededor y que serán elementos preciosos de las reconstruciones futuras.

Pasemos a algunas utopías socialistas de esa época, lista muy incompleta: *The Sorcey Shop*... La tienda mágica, novela imposible), por Robert Blatchford (Londres, The Clarion Press, 1909); — *L'Etoile rüge*, utopía por A. Bogdanoff, en ruso; traducción francesa en la *Société Nouvelle* (Mons), 1913-14; ediciones en ruso, por ejemplo en Petersburgo, 1918, en ukraniano, en alemán, 1923; — *Der sozialdemokratische Weltstaat mit Gemeineigentum und Eigenproduktion* (El Estado mundial socialdemócrata con propiedad colectiva y producción privada), por J. Lichtneckert, 1912, XII, 283 págs.; — *Le Maroc socialiste. Projet de colonisation socialiste*, por Lucien Desliniéres, París, 1912; — del mismo autor y de J. Marc Py, *La resurrection du docteur Valbel*, 1922; — *Der Zukunftsstaat als sozialistische Monarchie*, (El Estado futuro como monarquía socialista), por Berthold Otto, 1910,, 483 págs.; — *Utopie des Iles bienheureuses dans le Pacifique en l'an 1980* (La utopía de las islas bienaventuradas en el Pacífico en el año 1980), por Emile Masson, 1921, hermosa utopía; *Sevarinda*, por Alfons Petzold, un poeta socialista austriaco, Viena, 1923, basada probablemente sobre la utopía de los *Sevarambes* de 1675; — *Die Sonnenstadt. Roman aus der Zukunft* (La ciudad del sol... novela del futuro), por el doctor J. Vetsch en Suiza, 1923, varias ediciones, etcétera.

Die allgemeine Nahrpflicht als Losung der soziale Frage (El servicio general alimenticio como solución del problema social), por Joseph Popper-Lynkeus, Dresde, 1912, XVI, 813 págs., proyecto muy elaborado y que ha sido muy difundido por una numerosa literatura de propaganda; el autor supone que el trabajo, regulado por el Estado, de todos los hombres de 18 a 30 años de edad, y de todas las mujeres de 18 a 25 años, les produciría lo necesario para el resto de su vida, y los que quisieran, ganarían después lo superfluo por un trabajo privado discrecional. Esa idea recuerda un poco *Le Pain gratuit*... (El pan gratuito), propuesta en el libro de ese título por V. Barrucaud, entonces anarquista (París, 1896, 252 págs.); el libro contiene observaciones críticas de Kropotkin, Reclus y otros anarquistas; la idea es siempre, que por tales o cuales medidas de utilidad general la miseria enorme sería abolida y que el hombre entraría en la lucha por la existencia con probabilidades más iguales. Los saint-simonianos contaban llegar a eso mediante la abolición del derecho de herencia y Bakunin aceptó esa idea de lleno, para constituir de ese modo para el hombre lo que llamaba la *igualdad del punto de partida* para todos.

En estilo bíblico se escribió *Josua. Ein frohes Evangelium von künftigen Tagen*... (Jesús. Un alegre Evangelio de días futuros...), Viena, 1912, 65 págs., que predice una revolución en el espíritu del sindicalismo revolucionario y cuyo autor, se dice, fué profesor de filosofía en una universidad austriaca. En esta ocasión recuerdo el libro original *Oahspe. Light of Kosmon*..., 1910, por John Ballon, toda una biblia de alguna secta que se llama *Suomi-Oahspe Asociacion-Roane. Año de Kosmon* 62. Está lleno de elementos utópicos, pero moldeado también, quizás, sobre los escritos mormones. Suomi quiere decir Finlandia; el texto está en inglés y se dice: *Libro americano*. No encontré otro rasgo de esa secta que me pareció curiosa y diferente de buen número de publicaciones originales también, pero simplemente excéntricas o locas; en ésta hay un poco de idea. En estilo bíblico es igualmente un pequeño folleto revolucionario, *Offenbarungen*..., publicado en Herisau, Suiza, en 1849, eco socialista revolucionario de las conmociones de 1848.

Des Sieg bei Jena... Die letzte Schlacht Eine zukunftige Begebenheit (La batalla de Jena... La última batalla...), Berlín, 1908, 32 págs., *Die Ewigkeit*, es sindicalista antimilitarista.

Un relato popular anarquista ruso, *Cómo quedaron los campesinos sin autoridades* es firmado por Stenka Zayaz; no conozco la edición original, pero hay ediciones en ruso (*Golos Truda*), 1920, en búlgaro ya en 1912 y en yiddisch, Buenos Aires, 1923.

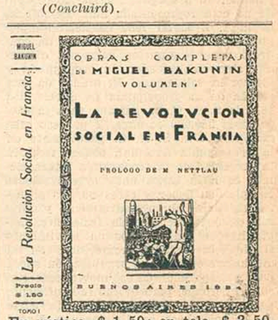
Sin duda, la mayor parte de esa literatura de propaganda de los últimos diez años me es extraña. No conozco ni *Narieta, Reflessioni di un uomo delle caverne rivivente nel secolo XX* (Spezia, *Il Libertario*, 1916) ni *I naufraghi del Sogno*, por G. Cartella Gelardi (Roma, 1920); ¿es del género utópico? — *Ein Zukunftbild der Menschheit*, por A. Cless (Zurich, 1893, folleto) es de un anarquista americano de lengua alemana.

Algunas veces se habló largamente en los parlamentos, del porvenir del socialismo, como en el Reichstag alemán del 31 de enero al 7 de febrero de 1893 y en la cámara francesa en la discusión entre Jaurés, Vaillant y Clemenceau, 1906; existen ediciones especiales de esos debates.

Se consultará aun *Silhoutte d'une société colectiviste*, por César de Paepe (*Revue socialiste*, París, octubre de 1888) y *La Société Colectiviste*, por Henri Briesac en la misma revista en 1891.

Max Nettlau

(*Concluirá*).



En rústica, $ 1.50; en tela, $ 3.50.